

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1873. — Tomo XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Sautnier, número 4, en París.

AÑO 32. — N° 1,047.

SUMARIO.

Napoleon III: grabados. — **La glotonería en Roma.** — **Revista de París.** — **Poesía.** — **La Dama de Lyon, ú orgullo y amor.** — **Teatro de la Opera:** «**La copa del rey de Thulé;**» grabado — **Gran wals brillante por Fr. Rysler;** (música.) — **El monumento fúnebre de Metz;** grabado. — **La fragata francesa « l'Orénoque » en el puerto de Civita Vecchia;** grabado. — **Memorias de un criado.** — **La Armenia y la Persia.** — «**Tipo de africana,**» escultura de Carpeaux; grabado.

Napoleon III.

SU ENFERMEDAD Y SU MUERTE. — APUNTES BIOGRÁFICOS.

Nuestros lectores saben ya que Napoleon III ha muerto en Inglaterra, de un modo, digámoslo así, inesperado. Los síntomas de peligro no empezaron á manifestarse hasta las ocho y media de la mañana del día 9. La causa inmediata de la muerte fué completa-

mente independiente de la operacion que habia sufrido el día anterior. El príncipe imperial, que habia regresado á Woolwich á continuar sus estudios, fué llamado por el telégrafo, pero llegó tarde. También habian sido llamados el doctor Gull y el abate Godard. Este ha dado á Napoleon los últimos sacramentos.

La emperatriz y toda la servidumbre imperial rodeaban el lecho de muerte. A última hora Napoleon recobró el conocimiento, dirigió dos veces la palabra á la emperatriz y se sonrió cuando la abrazó. Falleció sin padecimientos.



Napoleon III en su lecho de muerte.

El dolor de la emperatriz no puede pintarse, en presencia de la catástrofe que estaba tan lejos de esperar.

Algunas horas despues de la muerte de Napoleon, llamaron al doctor Brucciani para sacar el molde de su cabeza, que despues fotografió M. Downay. La actitud del emperador en su lecho de muerte era muy serena y no acusaba ninguna señal de agonía, como puede verse por la reproduccion de la fotografia que damos al frente de este número.

A las cuatro y media de la tarde del mismo dia los doctores Burdon y Saunderson procedieron á la autopsia del cuerpo.

De su relato consta que el resultado mas importante es la inflamacion de los riñones, efecto producido por la irritacion de los cálculos que deben haber permanecido durante algunos años en el órgano que ocupaban. No era posible suponer el estado á que habia llegado esta inflamacion, y aunque se hubiera sospechado, nada habria podido dar á esta opinion un carácter de certeza.

En el interior del órgano indicado habia una piedra cuya forma indicaba que habia sido rota por la mitad, y además dos ó tres fragmentos del grosor de un cañamon. La mitad del cálculo pesaba tres cuartos de onza (22 gramos) y media una pulgada y cuarto.

No habia ningun desorden en el pericardio; todos los órganos, á excepcion de los riñones, estaban sanos. La sangre era generalmente liquida, y no se ha descubierto vestigio de obstruccion por coagulacion en el sistema venoso, en el corazon ni en los pulmones. La muerte debia atribuirse al estado general del paciente. Los desórdenes descubiertos en los riñones, de los cuales era expresion este estado, eran de tal naturaleza y estaban tan adelantados, que la muerte hubiera sobrevenido en un plazo muy breve.

Inmediatamente despues de la muerte del emperador, muchos visitantes, y entre ellos todas las notabilidades del partido bonapartista, se trasladaron á Chislehurst.

Damos una vista de la residencia imperial y otra de la entrada de Camden-House, sitiada por una nube de curiosos despues de la catástrofe, como antes lo habia estado por las personas que acudian á saber noticias del enfermo.

Nada diremos hoy sobre las exequias que se celebraron el miércoles 15, reservándonos hacerlo en el número próximo, en el cual publicaremos los dibujos correspondientes.

Entre tanto, hé aquí tomados del *Journal de Paris* los apuntes biográficos mas completos que hemos visto, sobre la muerte de Napoleon III.

Carlos Luis Napoleon Bonaparte nació el 20 de abril de 1808 en Paris en el palacio de las Tullerías, y era el tercero y último hijo de Luis Bonaparte, rey de Holanda, y de la reina Hortensia, y por lo tanto sobrino del emperador Napoleon I y al mismo tiempo nieto por su madre de la emperatriz Josefina. Su hermano mayor murió de corta edad en la Haya, y el segundo murió en Forli, Estados romanos, en 1834.

Despues de la caída de Napoleon I, la reina Hortensia, que habia conservado su fortuna personal, vivió sucesivamente con el nombre de condesa de Saint-Leu en Ginebra, en Aix de Saboya y en el gran ducado de Baden, y se fijó en Augsburgo, Baviera, donde no era extranjera, pues su hermano Beauharnais estaba casado con una hija del rey de Baviera, Maximiliano José. Despues de la muerte de su hermano en 1824, vivió ya en Roma, ya en Arenenberg, Suiza.

El primer ayo del príncipe Luis fué el abate Bertrand, y su preceptor M. Felipe Le Bas, hijo del convencional, helenista y epigrafista distinguido. Siguió los estudios de la segunda enseñanza en el colegio de Augsburgo, y aprendió las nociones del arte militar en el campamento federal de Thun, en Suiza, bajo la direccion del general Dufour.

Despues de 1830 tomó parte con su hermano en los movimientos revolucionarios contra el pontificado, y marchó con él al frente de los insurrectos contra Civita-Castellana. Muerto su hermano en esta tentativa, la reina Hortensia abandonó la Italia y llegó á Paris con el hijo que salió con vida de esa empresa. El rey Luis Felipe y el primer ministro de entonces, Casimiro Perier, toleraron al príncipe la presencia del príncipe Luis en Paris, pero como se presentase una interpelacion con este motivo y hubiese disturbios en Paris en los cuales se dió el grito de *Viva Napoleon III*, mandóse cumplir la ley de proscripcion, y en consecuencia el príncipe y su madre partieron para Inglaterra.

El duque de Reichstadt murió en 1832, y en virtud del senado-consulta en que se fija el orden de sucesion en el trono del imperio, el príncipe Luis fué desde entonces el representante de las pretensiones y de las esperanzas de la dinastia napoleónica. Su madre, por otra parte, le consideró siempre reservado para ocupar un alto destino y tratóle desde un principio como futuro soberano.

Desde 1832 á 1836 Napoleon III publicó varias obras, á saber: los *Sueños políticos*, el *Proyecto de Constitucion*, *Dos palabras á M. Chateaubriand sobre la duquesa de Berry* (en verso), las *Consideraciones políticas y militares sobre Suiza*, y el *Manual de artillería para el uso de la República helvética* (Zurich, 1836). Todas estas obras merecieron entusiastas elogios de la prensa republicana de entonces, especialmente del *Nacional*, de Armando Carrel.

El 18 de octubre de 1836, hubo la tentativa de Es-

trasburgo con la cooperacion de MM. Persigny y Laity. Formóse causa á estos dos últimos, los cuales fueron condenados. Envióse al príncipe á Lorient, embarcósele en la *Andromède* y se le desembarcó en América. De regreso á Europa, permaneció algun tiempo en Londres, estableciéndose de nuevo en Suiza, donde asistió en sus últimos momentos á su madre en octubre de 1837.

Temiendo el gobierno francés alguna nueva tentativa del príncipe, pidió á las autoridades federales que le expulsasen de Suiza. Napoleon partió entonces para Inglaterra, donde publicó una nueva obra titulada: *las Ideas napoleónicas*.

El 6 de agosto de 1840, el príncipe Luis hizo una nueva tentativa. Pasó el canal de la Mancha en el vapor *Edinburgh Castle* y desembarcó en Boulogne. Detuvo-se y se le sometió á la Cámara de los pares. Defendióle Berrier, y el 9 de octubre fué condenado á prision perpétua, pena que sufrió en el castillo de Ham, en el departamento del Somma, donde escribió las obras siguientes: *A los manes del emperador*, *Nota sobre los pistones fulminantes y los trenes de artillería*, *Fragmentos históricos*, *Exámen de la cuestion suiza*, *Contestacion á M. de Lamartine* (con motivo de los ataques dirigidos contra el imperio), y *Extincion del pauperismo*. Además enviaba artículos á varios periódicos democráticos y al *Diccionario de la conversacion*.

El 25 de mayo de 1846 evadióse del castillo de Ham y dirigióse á Bélgica y de allí á Inglaterra.

Al estallar la revolucion de 1848 partió para Francia y establecióse en Paris en la fonda del Rhin. No se presentó candidato en las elecciones generales para la Asamblea constituyente, pero en las elecciones parciales de junio fué elegido por el departamento del Sena y por tres departamentos mas. Aprobóse su eleccion. El 15 de junio dimitió su cargo y partió para Inglaterra. En el mes de setiembre fué elegido de nuevo por cinco departamentos. De regreso á Francia tomó parte en las tareas legislativas. Tres veces hizo uso de la palabra y cuatro en las votaciones, votando contra la célebre enmienda de M. Grevy, quien queria que la Asamblea nombrase el presidente de la República.

La eleccion del presidente de la República fijóse para el dia 10 de diciembre de 1848. El príncipe Luis se presentó como candidato y obtuvo 5.334,226 votos contra 1.779,152 repartidos entre sus competidores. El 20 de diciembre tomó posesion de su cargo, y desde entonces su historia se confunde con la de Francia. Hé aquí las fechas principales de ella:

El príncipe-presidente gobierna por algun tiempo de acuerdo con la mayoría de la Asamblea. Ministerio Odilon Barrot. Expedicion de Roma. Insurreccion del 13 de junio de 1849 reprimida por el general Changarnier. Desde fines de 1849 principian las disidencias con el presidente de la Asamblea. En 30 de octubre de 1849 se retira el ministerio Odilon Barrot.

Sin embargo, el rompimiento no es completo hasta despues del relevo del general Changarnier de su cargo de jefe del ejército de Paris y de los guardias nacionales del departamento del Sena (9 de enero de 1851). Los amigos de la presidencia piden la revision de la Constitucion para poder reelegir al príncipe. Se desecha esta proposicion y se teme un golpe de Estado contra la Asamblea. Se desecha la proposicion de *los cuestores*, cuyo objeto es poner á la Asamblea á cubierto de una tentativa á mano armada.

Pocos dias despues, ó sea en la noche del 1º al 2 de diciembre de 1851 se da el golpe de Estado. Violacion de la Constitucion y de las leyes. Detencion de los individuos mas importantes de la Asamblea. Resistencia en Paris y en varios departamentos, la cual es vencida á viva fuerza. Los hechos consumados son sometidos á la sancion de un sufragio universal por medio de un plebiscito. La votacion se celebra el 20 y el 21 de diciembre. Mayoría en favor del príncipe-presidente, 7.439,216 votos contra 640,737. El 14 de enero de 1852 se promulga la Constitucion presidencial. Proclamacion del príncipe-presidente, quien hace la siguiente declaracion:

« He tomado por modelo las instituciones que en vez de desaparecer al primer soplo de las agitaciones populares, solo fueron derribadas por la Europa coligada contra nosotros. »

El 22 de enero se expide el decreto de confiscacion de los bienes de los príncipes de Orleans. Eleccion del primer Cuerpo legislativo. Fin del periodo dictatorial, durante el cual el príncipe-presidente gobernó sin la cooperacion de ningun cuerpo electivo. Viaje á Burdeos. Discurso que contiene esta declaracion que se hizo célebre: « El Imperio es la paz. »

Nuevo llamamiento al sufragio universal para restablecer el imperio. Plebiscito de 21 y 22 de noviembre de 1852. Votos en favor: 7.824,429 contra 253,145. Proclamacion del imperio el 2 de diciembre de 1852.

Matrimonio del emperador en 29 de enero de 1853 con María Eugenia de Guzman, condesa de Teba, hija del conde de Montijo. Nacimiento el 16 de marzo de 1856 de Napoleon Eugenio, Luis, Juan José, príncipe imperial.

Rompimiento con Rusia y guerra de Crimea. Exposicion universal de 1855. Viaje de la reina de Inglaterra á Paris. Toma de Sebastopol. Tratado de Paris en 30 de marzo de 1856. En esa época Napoleon III llega al punto mas alto de su poderio y se prepara á intervenir en los asuntos de Italia. El conde de Cavour plantea en el Congreso de Paris la cuestion italiana. Atentado de Orsini en 14 de enero de 1858. Discu-

so del emperador, quien algunos dias despues, en el acto de abrirse la legislatura, declara que si él hubiese sucumbido, Francia se hubiera agrupado en torno del príncipe imperial.

Permanencia del emperador en Plombières. Llegada del conde de Cavour á esa residencia. Conferencia entre él y el emperador. El 1º de enero inmediato, en el acto de recibir en las Tullerías al cuerpo diplomático, el emperador plantea la cuestion italiana en algunas breves palabras dirigidas á M. de Hüner. El 8 de febrero se abre la legislatura, y ese dia el emperador dejando traslucir la posibilidad de una guerra, termina su discurso con estas palabras:

« La nacion sabe que nunca dirigirán mis actos un interés personal ó una ambicion mezquina. Cuando con el apoyo de los deseos y de los sentimientos populares se suben las gradas de un trono, el hombre se eleva merced á la gravísima responsabilidad que contrae por encima de la baja region en que se ventilan intereses vulgares, y tiene por primeros móviles y por últimos jueces á Dios, á su conciencia y á la posteridad. »

El 3 de mayo, en el instante en que va á principiar la guerra, el emperador dirige á la nacion un manifiesto que contiene la declaracion siguiente:

« El Austria, por el mero hecho de hacer entrar su ejército en el territorio del rey de Cerdeña nos declara la guerra, y viola por lo mismo los tratados y la justicia y amenaza nuestras fronteras. Todas las grandes potencias han protestado contra esta agresion. El Piamonte aceptó las condiciones que debian asegurar la paz y por lo tanto no se concibe el motivo de tan súbita invasion. El Austria ha llevado las cosas hasta el punto de que es preciso que ella domine hasta los Alpes, ó que Italia sea libre hasta el Adriático. »

Guerra de Italia. Victorias de Magenta y Solferino. Preliminares de la paz de Villafranca (11 de julio de 1859). Tratado de Zurich en 10 de noviembre del mismo año. Incorporacion de Niza y de Saboya en 12 de junio de 1860.

Carta del emperador al ministro de Estado anunciando el establecimiento del libre cambio (5 de enero de 1866). Tratado de comercio con Inglaterra en 23 de enero.

Expedicion de Méjico. Disturbios en Polonia. Elecciones de 1863. M. Thiers es elegido en Paris.

En el discurso de apertura de las sesiones del Cuerpo legislativo, el emperador propone la reunion de un congreso europeo para resolver las cuestiones pendientes (3 de noviembre de 1863).

« ¿ Puede haber cosa mas legitima y mas sensata, dijo, que invitar á las potencias europeas á un congreso donde desaparezcan ante un arbitraje supremo los estímulos del amor propio y toda clase de resistencia? »

« Me complazco en creer que se accederá á este llamamiento, pues que una negativa significaria la existencia de ocultos proyectos que no pueden divulgarse. Mas aun cuando no se acepte unánimemente la proposicion, se tendrá la inmensa ventaja de haberse indicado con ella á Europa dónde está el peligro y la salvacion. Dos caminos están abiertos: el uno conduce al progreso por medio de la conciliacion y la paz; el otro llevará inevitablemente mas ó menos tarde á la guerra por la obstinacion en sostener un pasado que se desmorona. »

Invasion de Dinamarca por Prusia y Austria. Rompimiento entre estas dos potencias. Guerra en 1866 entre Austria por un lado y Prusia é Italia por otro. El emperador manifiesta su intencion de mantenerse neutral en una carta dirigida al ministro de Negocios extranjeros y leida en el Cuerpo legislativo.

« Permanezcamos, dijo, en una neutralidad expectante y fuertes con nuestro desinterés y animados del deseo sincero de ver á los pueblos de Europa olvidar sus diferencias y unirse para un fin de civilizacion, de libertad y de progreso, mantengámonos confiados en nuestro derecho y persuadidos de nuestra fuerza. »

Batalla de Sadowa. Cesion de Venecia al emperador, quien á su vez la cede á Italia. Engrandecimiento de Prusia. Iluminaciones en Paris.

El 19 de enero de 1867, el emperador dirige una carta á M. Rouher anunciando un plan de reformas. En el final de esa carta se halla consignada la siguiente declaracion:

« Dije el año último que mi gobierno queria marchar sobre terreno firme capaz de suportar el poder y la libertad. Con las disposiciones que acabo de indicar se realizan mis palabras; no conmuevo el terreno que quince años de calma y de prosperidad han consolidado, antes por el contrario, lo afirmo mas estrechando mis relaciones con los grandes poderes públicos, asegurando por la ley á los ciudadanos nuevas garantías, y dando el último remate al edificio levantado por la voluntad nacional. »

El 14 de febrero, en el acto de apertura de las sesiones del Cuerpo legislativo, el emperador da á conocer la opinion del gobierno sobre los grandes cambios efectuados en Alemania.

« El espectáculo, dijo, que ofrecen los esfuerzos hechos por las potencias limitrofes para reunir sus miembros desparramados tantos siglos há, no puede alarmar á un país como el nuestro, cuyas partes irrevocablemente unidas entre sí forman un cuerpo homogéneo é indestructible. »

Exposicion universal de 1867. Visitas á Paris del emperador Alejandro, del emperador Francisco José y del rey Guillermo.

Elecciones generales de 1869. La oposicion, aunque queda en minoria, consigue, sin embargo, hacer triunfar á algunos de sus candidatos. M. Rouher deja el ministerio de Estado para pasar á ocupar el puesto de presidente del Senado. Ministerio Magne y Chasseloup-Laubat.

En 2 de enero de 1870, ministerio Ollivier, Daru y Buffet. Proposicion para que se apele á un nuevo plebiscito á fin de aprobar las reformas realizadas y sancionar una vez mas la existencia del imperio. Se retiraron del ministerio MM. Buffet, Daru y Talhouet. Votacion del plebiscito en 8 de mayo de 1870. Votos en pro de él, 7.160,344; en contra, 1.525,628.

Cuestion de España. Candidatura del principe de Hohenzollern. Declaracion leida por M. Daru en el Cuerpo legislativo. Negociaciones con Prusia. Rompimiento. El emperador al ir á ponerse al frente del ejército, dirige á las tropas una proclama en que se nota cierto aire de tristeza, ó cuando menos cierto recelo:

« Vais á combatir, dijo, contra uno de los mejores ejércitos de Europa; sin embargo, otros que valian tanto como él no pudieron resistir á nuestro valor. Otro tanto sucederá ahora. La guerra que se inaugura será larga y penosa, pues que se sostendrá en sitios llenos de obstáculos y de fortalezas, pero nada hay que pueda resistir á los perseverantes esfuerzos de los soldados que lucharon en Africa, en Crimea, en la China, en Italia y en Méjico. »

Batalla de Sedan, 1º de setiembre, cautiverio del emperador en Wilhelmshöhe. Residencia del emperador en Inglaterra.

Napoleon III muere el 9 de enero de 1873, á la edad de sesenta y cuatro años.

La glotonería en Roma.

(Continuacion. — Véase el número 1,046.)

III.

Mas por no interrumpir la relacion de las diversas leyes suntuarias publicadas en la última época de la república, hemos dejado atrás algunas noticias que ilustran el abundantísimo asunto que estamos tratando. Volvamos, pues, sobre nuestros pasos y reanudemus el roto hilo de la historia de la glotonería romana con unas ligeras consideraciones gastronómico-sociales.

El fin directo de la gastronomía es la conservacion del individuo; su utilidad consiste además en la suma de placeres que sabe proporcionar á los hombres, aumentando los que la naturaleza les tiene destinados. La gastronomía está en relacion con todas las ciencias, las artes y las industrias, desde la química que estudia algunas preparaciones culinarias, hasta la economía política por los rendimientos que al erario produce la alimentacion pública, desde el arte que provee á la elegante combinacion del aparato de una mesa, hasta el comercio que vive en gran parte de su aprovisionamiento. La gastronomía es eminentemente social, fraternal, humanitaria; un banquete sabiamente dispuesto y gustosamente servido revela adelanto, dulcificacion de costumbres, hija de la civilizacion, y es hasta cierto punto compendio del mundo entero, porque cada pais está allí dignamente representado por sus producciones.

Estas reflexiones atinadamente desarrolladas por Brillat-Savarin en su admirable *Fisiología del gusto* se nos vienen á la mente y no sin oportunidad. El excelente gastrónomo citado fija de una manera delicadísima el límite que en el arte de comer debe tener el buen gusto para no degenerar en abuso. Si los gastrónomos romanos del siglo anterior á la venida de Jesucristo hubieran tenido quien les diera semejantes consejos y hubieran sabido seguirlos, no concluyeran siendo estragados glotoneros. Pero faltó el discernimiento, sobró el estímulo, se entronizó la licencia, y el frenesi de la gula convirtió el lujo en fausto, el gusto en desórden, el gasto en despilfarro y los cenáculos de Roma en teatros de las mas escandalosas orgias.

Como puede comprobarse examinando el sentido de las leyes suntuarias que antes hemos copiado, los romanos continuaron durante mucho tiempo limitando sus háquicos excesos á los dias feriados, á las solemnidades públicas, religiosas y civiles y á los acontecimientos felices que se verificaban entre sus dioses lares y penates. Tardó bastante en perderse esta antigua costumbre y aun pasaron muchos años antes de que los particulares opulentos hicieran diario el espectáculo de sus crapulosos festines.

Entre tanto y á medida que las legiones romanas fueron extendiendo sus victoriosas águilas por los ámbitos del mundo, la cocina romana iba enriqueciéndose tambien con nuevos platos; manjares desconocidos procedentes de los mas lejanos paises aparecian en las suntuosas mesas y el número de los viciosos é inútiles glotoneros aumentaba de dia en dia. ¡Y quién, aun entre los mas ilustres ciudadanos de la república, dejó de contagiarse!

Cayo Graco y Mario puede decirse que son de los

últimos romanos notables en quienes sobresalió la austeridad y la templanza; en aquel por educacion, en este por temperamento. Y sin embargo, solo el primero murió limpio de falta.

El desgraciado hijo de Cornelia, decia en su famosa defensa por haber salido de Cerdeña sin permiso del procónsul Aurelio Orestes: « En mi mesa jamás » ha habido festines ni licencia, sino comedimiento » en obras y palabras... » « Soy el único del ejército » que, habiendo ido allá con la bolsa llena, la trae » ahora vacía, mientras vienen atestadas de dinero » las ánforas que los demás llevaron llenas de vino. » Cayo Graco tenia razon y el pueblo le hizo entonces justicia; pero cuando le abandonó vilmente en manos de sus implacables enemigos, en el mismo año en que las orillas del Tiber se enrojecieron con la sangre del generoso tribuno, inmolado sobre los manes de su hermano, la naturaleza como si quisiera burlarse de la sobriedad que pedia, envió sobre las campiñas romanas una de las cosechas mas abundantes y exquisitas del licor de Baco, que ávidamente recogieron y cuidadosamente conservaron los glotoneros romanos. « ¡Vino del consulado de Opimio!... » decia babeando de gula, cien años mas tarde, un riquísimo y estragado patrono, enseñando á sus atónitos convidados una encaneada ánfora, cuya etiqueta habia desaparecido bajo la roña del tiempo.

Mario, frugal en su juventud, sóbrio aun en sus primeros triunfos, se entregó de lleno á la glotonería en sus últimos años y no faltó quien dijese que con su gordura habia asustado al soldado encargado de matarle en Minturno, y que despues murió de la excesiva cantidad de vino que tomaba para acallar sus remordimientos.

En esta época empezaron ya á florecer algunos distinguidos glotoneros. Entre los que acusaron á P. Rutilio, que habia sido cónsul, por defraudador de caudales públicos, figura un tal Apicio, primer gloton de este nombre; porque hubo tres famosísimos Apicios, notables por el desarrollo de su pasion culinaria: el citado, que brilló por los tiempos de Sila, otro de quien nos ocuparemos mas adelante y que ilustró el reinado de Tiberio, y un tercero que imperando Trajano acabó de hacer célebre el apellido.

Pero quien hizo época en la historia de la glotonería romana fué Lúculo.

Lúculo, vencedor de Mitrídates y de Tigranes, de los sirios y de los partos; dueño de los fabulosos tesoros del castillo de Telaura, donde el famoso rey del Ponto habia acumulado durante muchos años el considerable fruto de sus rapiñas; dueño tambien de Tigranocerta y de las inmensas riquezas de los reyes de Armenia; despues de recorrer triunfante todas las provincias é imperios del Asia, volvió á Roma enterado de todos aquellos refinadísimos goces con que acostumbraban regalarse los déspotas del Oriente y llevando todos los medios pecuniarios que se necesitaban para satisfacerlos cumplidamente. Así es que Lúculo hizo de sus tierras una colonia zoológico-botánica destinada exclusivamente á saciar los mas caprichosos y extravagantes apetitos. Épicas fueron las cenas que dió en su salon de Apolo, donde la etiqueta ordenaba que se agotasen todos los medios de lisonjear la sensualidad de los convidados, gastándose en ello sumas enormes.

Refiere Plutarco que estando Pompeyo en la convalecencia de una grave enfermedad, le recomendaron los médicos que tomase carne de toro; pero era mala época para cazar esas aves, y únicamente pudieron hallarse en los jardines de Lúculo, quien en ningun tiempo del año se privaba, por medio de viveros, piscinas é invernaderos, de tener animales y frutos de toda clase para su mesa. Al saberlo Pompeyo, exclamó: « ¡Es decir, que si Lúculo no fuese un gloton, Pompeyo no hubiera podido curarse! »

Los peces que mantenía Lúculo en sus estanques se vendieron por Caton de Útica, que á la muerte de aquel los heredó, en una suma enorme, y tan considerado fué el famoso procónsul de Asia por sus gustos gastronómicos, que cierto autor dice: « Los viciosos de la Grecia eran tan estimados y de un precio tan subido, que en Roma hasta el tiempo de la niñez de Lúculo no se bebía de ellos en las mayores comidas sino una sola copa al final. » ¿Qué cosa mas natural que hacer fecha de la vida de Lúculo tratándose de bebidas confortantes?

Famoso gloton de aquella época fué tambien Q. Hortensio, célebre orador, contemporáneo y amigo de Ciceron, que se hizo mas famoso aun que por sus arengas, por la introduccion del pavon ó pavo real entre los manjares usados en Roma. Varron, en su tratado de la agricultura, dice: « Q. Hortensio fué el primero » que se hizo servir pavo en su banquete augural (celebrando su consagracion de augur), lo cual fué juzgado por las personas prudentes como un rasgo de lujo y no un acto de religiosidad. Este ejemplo, seguido despues por otros muchos, hizo subir el precio de aquellas aves hasta el punto de venderse fácilmente á cincuenta dineros cada una y sus huevos á cinco. » Tan celebrado y solicitado se hizo el nuevo manjar, que con el comercio de los pavos y mientras se extendió su cria en Roma, hubo un mercader llamado Ofilo Lucro que llegó á reunir un caudal considerable. Hortensio mereció el aplauso de todos los glotoneros, no solo por su invencion, sino porque á fuerza de estudio la perfeccionó hasta el punto de presentar en la mesa los pavos reales asados sin privarles del hermoso adorno de sus plumas.

Sabemos mas de Hortensio: este refinado gloton acostumbraba regar sus plátanos con vino, y en un pleito que tuvo que sostener contra Ciceron, suplicó á este con insistencia que aplazase el asunto para otro dia, porque en aquel tenia que ir sin falta á Túsculo á regar sus plátanos.

Metelo Pio, vencedor de Sertorio, tampoco se pareció en nada á los antiguos austeros romanos. He aquí cómo describe Salustio una fiesta dada en honor suyo: « Habiendo vuelto Metelo, al cabo de un año, de la España ulterior, se mostraba en las calles y en las casas con mucha pompa, siempre rodeado de un gran concurso de personas de ambos sexos. El pretor C. Urbino y otros individuos que conocian las inclinaciones de Metelo, le dieron un banquete en que fué tratado con suntuosidad no romana, sino sobrehumana. Las salas del festin estaban decoradas con pinturas y trofeos y rodeadas de teatros dispuestos para representaciones escénicas; el piso estaba cubierto de perfumes á estilo de los mas augustos templos. Mientras la estatua de la Victoria bajaba por medio de una polea á coronar las sienes de Metelo, otras máquinas imitaban el ruido del trueno, y en medio de este aparato venian á quemar incienso ante el feliz mortal y dirigirle súplicas como á un dios. El se mantenía echado con un amito puesto encima de la toga. Los manjares eran de lo mas exquisito. Habia muchas clases de bestias monteses y de aves desconocidas hasta entonees, traídas de todas las provincias y hasta de la Mauritania al otro lado del mar. Estas cosas le hicieron perder gran parte de su gloria, y sobre todo ante los hombres prudentes y virtuosos, que miraban este fausto como una calamidad y como indigno de la majestad romana. »

Pero como dice Macrobio: « el lujo habia vencido » á los vencedores del mundo; y así se vió á Fabio Gurges adquirir este apellido por haber devorado su patrimonio entre la glotonería y otros vicios. Verdad es que despues este mismo Fabio Gurges, que fué dos veces cónsul y hasta principe del Senado, se enmendó notablemente y mereció la indulgencia de sus contemporáneos.

Ciceron habla en sus obras de otra porcion de glotoneros de su tiempo, entre los cuales citaremos á C. Sempronio Tuditano, que fué cónsul, y al hijo de un J. Bruto que engulló en su estómago un grande patrimonio. ¿Y qué diremos de aquellos jóvenes compañeros y cómplices de Catilina, á quienes la necesidad lanzó en la tenebrosidad de las conspiraciones despues de haberse comido sus grandes fortunas?

El mismo Ciceron se hizo en aquella sociedad, por lo menos, un exigente gastrónomo; cenando una vez el famoso orador en casa de Damasipo, le sirvió este de un vino mediano, diciéndole: « Bebe este Falerno; tiene cuarenta años. » « Ya se le conoce, » contestó Ciceron rechazando la copa.

Sila fué tambien, á pesar de sus grandes cualidades, tan muelle y afeminado como cruel, y los llamados sus discipulos Pompeyo, Craso y César, no tuvieron nada que echarse en cara unos á otros. Sabido es el estado en que se hallaba la fortuna del gran César al salir para España con el cargo de pretor, y las enormísimas deudas que tenia contraídas con sus liberalidades y la vida crapulosa de su juventud; y si bien están de acuerdo los historiadores en considerarle como hombre sóbrio en el comer, en cambio contribuyó extraordinariamente con sus despilfarros á la corrupcion completa de la sociedad romana, protegiendo, para atraerlos á su bando, á todos los jóvenes de vida licenciosa y dando á sus parciales y al pueblo entero continuos y escandalosos festines. Pompeyo hemos dicho ya que se consideraba demasiado vicioso para imponerse en la censura á sus conciudadanos. Y en cuanto al avaro Craso, si su mezquindad le impidió gastar como Lúculo lo que habia robado en las provincias de Oriente, en cambio su hijo Licinio Craso hizo lo posible para enmendarle la plana.

Este Licinio Craso recibió el sobrenombre de Murena por lo aficionadísimo que era á esta clase de peces. Fué uno de los hombres mas elocuentes y uno de los mas ilustres ciudadanos de su tiempo, lo cual no impidió que fuese al mismo tiempo muy vicioso y que le faltase resignacion el dia que se le murió una murena á quien queria mucho y que conservaba cuidadosamente en un estanque de su casa. Craso se afligió y lloró por semejante pérdida, y al saberlo Cn. Domicio, colega suyo en la censura, le dijo: « ¡Insensato! ¿lloras por la muerte de un animal? » Pero Craso supo descargarse contestándole: « Es cierto, lloro por la muerte de un animal; pero tú no te has acordado de derramar una sola lágrima por la muerte consuetiva de tus tres esposas. »

Contemporáneo de L. Craso, y amigo íntimo suyo, fué Sergio Orata, tan aficionado tambien á las doradas, que por eso le pusieron este apellido. Sergio fué el primero que hizo construir baños suspendidos en el aire; puso además criaderos de ostras á lo largo de la costa de Baya, y acreditó notablemente las del lago Lucrino. Y hubo tambien entonces un C. Hirrio que en un convite dado por el dictador César al pueblo de Roma, le proporcionó seis mil libras de lamprea, y cuya casa de campo, aunque no era muy grande, fué vendida despues de su muerte en cuarenta millones de sextercios; ¡tales eran las riquezas gastronómicas que en sus viveros encerraba!

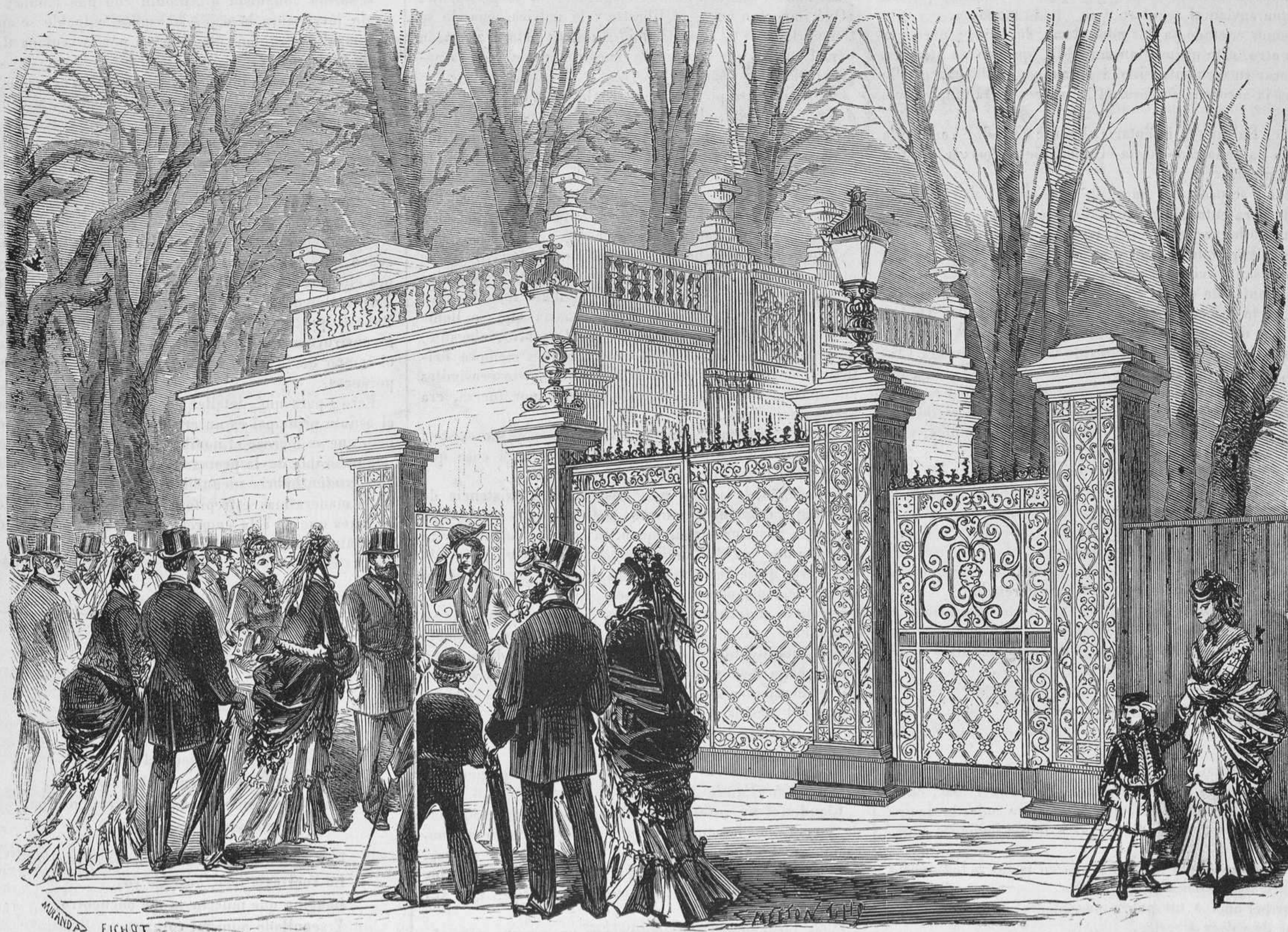
(Se continuará.)



NAPOLEON III



CAMDEN-HOUSE, residencia de Napoleon III en Chislehurst.



CHISLEHURST. — Gente que acude á preguntar noticias de Napoleon III.

Revista de París.

Principiamos esta revista con una noticia inverosímil, verdaderamente extraordinaria, y que, como tal, merece todos los honores de la crónica. En la última semana se ha puesto en escena en el teatro de la Grande Opera una nueva producción titulada *la Copa del rey de Thulé*, libretto de MM. Luis Gallet y Eduardo Blau, música de M. Eugenio Diaz. ¿Cómo esta novedad en el teatro del repertorio permanente? Es toda una historia.

Allá por los años en que París no sabía cómo emplear el tiempo y todo el mundo se daba á inventar diversiones, en 1867, se instituyó un concurso, por orden del gobierno, para los tres teatros líricos subvencionados; se presentaron varias obras al concurso y se llevó el premio, esto es, el derecho á la representación, la ópera recientemente estrenada. Esta vez no había mas remedio que sucumbir: la novedad, por orden del gobierno, atravesaba los umbrales de la Academia nacional de música.

Vemos, sin embargo, que la empresa ha puesto de su parte todo cuanto era de esperar para no desmentir sus antecedentes de inmovilidad sistemática: cinco años largos ha tardado en darnos á conocer la obra premiada; pero al fin y el cabo ahí está, disfrutemos del singularísimo espectáculo.

La Copa del rey de Thulé es una especie de leyenda fantástica escrita en versos sonoros y elegantes y muy propia para servir de pretexto á grandes cuadros escénicos y á todo el aparato de decoraciones, trajes y demás accesorios indispensables, segun la eterna tradición de la Grande Opera.

Se trata de un país imaginario.

El rey de Thulé está á la muerte, y le mata mas que la enfermedad y la vejez, su amor á la bella Mirra, que le abandona por su favorito.

La corte, se halla muy conmovida, ante la catástrofe, porque se ignora quién va á heredar el trono, y sin duda hasta en los reinos como el de Thulé temen los cortesanos las revoluciones.

En medio de la compungida muchedumbre aparece Paddock, el bufon del rey, que, á pesar de sus risas y sus mogigangas, deplora mas que nadie la muerte de su pobre amo.

Paddock maldice á Mirra y á Ango, el favorito, que son los que envían al sepulcro á su amado monarca.

Hemos contado ya dos adoradores de Mirra; pero nos falta otro, este último tan humilde, que no se atreve á declarar su tormento sino á su amigo Paddock, que le aconseja arroje de su corazón la imagen de la mujer aborrecida.

¡Ay! En vano lo intentaría el pobre pescador Yorick; la pasión ha penetrado hasta el fondo de lo mas recóndito de su alma.

Yorick se presenta, pues, en el palacio del rey moribundo para entregar á Mirra un regalo espléndido, una perla que ha recogido en el mar, y que Mirra acepta porque se figura que la debe á su amado Ango.

Todo son felicidades para la bella cortesana.

Aun antes de que el rey haya exhalado el postrer suspiro, ya la ofrecen á ella y á Ango la corona de Thulé; pero hay un inconveniente para aceptarla.

En las aguas del Océano reside una reina llamada Claribel, que regaló al primer soberano de Thulé una copa la cual debe ser legada como un talisman por el rey que muere á su sucesor, y sin ella no hay herencia posible, el reino de Thulé tendría que convertirse en república, y no se halla dispuesto á tal ensayo.

En suma, Mirra dice á sus aduladores:

— Antes que el cetro y la corona, debeis traerme la copa, pues de otro modo todo sería inútil.

Ahora bien, entre tanto el rey de Thulé llama á su bufon y le confía el precioso talisman.

— Aquí tienes la copa, le dice, y tú la entregarás al que juzgues mas digno de recibir mi herencia.

Paddock se presenta á la turba de cortesanos levantando en su mano la copa, y no hay para qué decir si le reciben con aclamaciones; pero él no encuentra allí á nadie á quien ofrecerla, y la arroja al agua.

Mirra desesperada exclama diciendo:

— Perteneceré al que recoja la copa.

Y Yorick, entusiasmado con la promesa, se arroja al agua.

Tal es el final del primer acto.

En el segundo nos encontramos dentro del mar, en el imperio de la reina Claribel, que aparece rodeada de una brillante corte de ninfas, sirenas y demás beldades acuáticas.

Pero lo mismo en las aguas que en la tierra los amores tienen trastornados á los reinos.

Claribel ama á un pobre pescador y no abriga esperanzas de volver á verle.

Mas hé aquí que de repente anuncian la presencia de

un mortal que se ha sumergido en el agua, al propio tiempo que entregan á Claribel la famosa copa.

Es su amado pescador: y Claribel le ofrece un amor eterno en medio del Océano.

¡Pobre Claribel! Yorick no quiere mas que la copa encantada para conseguir el amor de Mirra; y la reina, para persuadirle de que le engaña la mujer á quien ama, hace que se abran los mares, y vemos á lo lejos á Mirra con su adorado Ango tendido á sus piés.

Sin embargo, el amor de Claribel es tan desinteresado, que le da la copa y le dice:

— Cuando pierdas tus ilusiones y quieras vengarte, bebe tres veces en esta copa invocando mi nombre, y acudiré en tu auxilio.

Yorick se apresura á llevar la copa á Mirra, y Mirra no se apresura menos á coronar rey de Thulé á su amado Ango.

Viéndose víctima de tan odiosa traición, Yorick se presenta en el templo donde se celebra el advenimiento del nuevo soberano, pide por favor que le permitan beber en la copa, hace las tres libaciones llamando á la reina de las aguas, y el templo se hunde arrastrando en sus ruinas á los nuevos soberanos.

Tal es el libretto que mereció la aprobación del jurado y sobre el cual M. Eugenio Diaz ha escrito la partitura, igualmente premiada.

M. Diaz es un joven compositor que realmente no carece de talento. Es de sentir que se aplique á sofocar sus inspiraciones bajo el peso de la instrumentación como acostumbran los autores franceses; en otros términos, que sacrifique la melodía á las combinaciones armónicas. Pero el mal es irremediable. La escuela francesa lo quiere así, y no cabe duda que siguiendo por tal camino, llegará día en que la parte de canto venga á ser de todo punto secundaria.

Faure hace de bufon, y lo único que se deplora es que su papel sea tan corto. Es un cantante de primer orden y un actor consumado.

El tenor Leon Achard, en el papel de Yorick, insuficiente para semejante teatro. Sin embargo, canta deliciosamente el aria de salida:

Celle qui prit ma vie
Jamais ne le saura.

Las señoras Gaymards-Lauters y Rosina Bloch, merecen un elogio muy moderado.

No así el aparato escénico, las decoraciones, los trajes y los bailes, que son de una magnificencia sorprendente. ¿Qué importan pues, el libretto y la música, cuando se tiene á la vista tal espectáculo? Nuestros lectores juzgarán por el cuadro que representa nuestro grabado de la página 105.

Al propio tiempo que se estrenaba en la Opera *la Copa del rey de Thulé*, el teatro del Gimnasio nos daba la primera representación de la nueva obra de Alejandro Dumas, titulada *la Mujer de Claudio*. Hemos visto, pues, el drama tan anunciado y tan ponderado, cuyo desenlace conocíamos ya, porque era la aplicación de la teoría expuesta en el opúsculo del mismo autor en justificación del asesinato por causa de adulterio.

Dumas ha tenido hasta el día el singular privilegio de excitar con motivo de sus obras las polémicas mas acaloradas. Y no podía ser menos: su talento incontestable para edificar esa complicada maquinaria que se llama drama ó comedia, su estilo sin igual, sobrio, elegante, incisivo, lleno de agudezas y oportunidades siempre brillantes, daban á los hechos de la fábula, por inverosímiles que fuesen, un valor real, y de grado ó por fuerza, era preciso aceptarlos.

En *la Mujer de Claudio* esta obligación ya no existe: no es posible ninguna discusión, no cabe otra cosa que una reprobación unánime.

Con efecto, la acción está basada en la existencia de una mujer culpable de muchos mas crímenes de los que caben en la naturaleza humana. Si siquiera nos explicara el autor por qué esta mujer se complacé en el vicio y la deshonra, quizá daría materia al debate; pero no: todo en sus acciones está por justificar, ni la pasión ni la coquetería la inducen á degradarse antes y despues de su casamiento: tiene amantes por tener amantes; comete robos, infanticidios, horroriza á cuantos la rodean como se horroriza á sí misma, aparentemente sin mas motivo que el de allanar el desenlace con arreglo á la famosa teoría del asesinato.

Y ni aun este se explica, pues la tragedia fatal parece fundada en una causa secundaria.

En breves palabras daremos á conocer el argumento de *la Mujer de Claudio*.

Claudio es un inventor ó perfeccionador de máquinas de guerra, con las que se propone contribuir á la regeneración de su patria.

Con efecto, ha inventado un cañon que produce efectos prodigiosos: ni hombres ni fortalezas resistirán á su acción fulminante.

Estas invenciones patrióticas son un secreto que solo conoce Antonin, su hijo adoptivo, encargado de guardarle

cuidadosamente en un arca llena de cerraduras y resortes.

La ciencia es el consuelo de Claudio en sus infortunios conyugales. Se casó ignorando los antecedentes de su mujer, y cuando supo las vulgares historias de seducción á que habia sucumbido siendo soltera, tiene grandeza de alma para perdonarla; pero de casada continúa las aventuras, y Claudio se resigna, permite que su esposa se ausente dos ó tres meses de su casa, que viva alternativamente en el domicilio común y en el mundo de las orgías y los escándalos.

La esposa culpable ejerce una fascinación fatal sobre todos los hombres.

Antonin, el hijo adoptivo de Claudio, va á ser una de sus víctimas; y el marido que descubre el peligro advierte al joven y amenaza á la mujer, pronunciando ya la palabra de muerte.

Entre tanto se anuncia la intriga que va á producir el fatal desenlace.

Claudio, medio arruinado con sus invenciones, pone en venta la casa que habita y se presenta con pretexto de comprarla Cantagnac, un marsellés rubicundo que bajo las apariencias de un bonachon viene á hacer un oficio infame.

Agente de una compañía anónima que posee capitales considerables, Cantagnac propone á la esposa de Claudio que le entregue el secreto de la invención de su marido; y para intimidarla, la cuenta su historia de soltera y de casada, añadiendo que si se niega á entrar en sus miras, descubrirá todas sus maldades.

La escena es asombrosa de desvergüenza y de cinismo.

Cantagnac refiere las aventuras mas escabrosas con aire de satisfacción, como diciendo:

— No puedes menos de acceder á lo que yo quiero, pues de no ser así, tu marido sabrá el caso.

Y la mujer en cuestión, sin inmutarse contesta:

— Ya lo sabe.

Y pasa á otro capítulo y luego á otro, no sabemos cuántos; hasta que por fin habla de lo futuro y entonces la mujer le tapa la boca ofreciéndole el secreto de los cañones fulminantes.

Por supuesto, con su cuenta y razon: el negocio se ajusta en un par de millones.

Ahora se trata de arrancar el papel en donde está escrito el secreto confiado á Antonin y encerrado en el arca que tan difícilmente se abre.

Sin embargo, nada mas fácil.

Cesarina conquista á Antonin con una fábula; el incauto joven abre la caja, la esposa culpable se apodera del papel y seguidamente le arroja por la ventana al agente de la compañía.

En esto aparece Claudio, comprende lo ocurrido, toma un fusil perfeccionado por su hijo adoptivo, y con él da la muerte á Cesarina.

El marido que ha soportado con paciencia su deshonor, mata á su mujer porque le ha robado el secreto de sus invenciones.

Hecho el análisis está hecha la crítica de semejante extravagancia. Y todavía nos faltaría decir que la acción verdaderamente dramática señalada en las líneas que preceden, está interrumpida á cada instante con disertaciones científicas y filosóficas fuera del caso; que hay episodios totalmente ajenos á la intriga, como el de Daniel y Rebeca que nos predicán el triunfo de los judíos y la reconstrucción de Jerusalem; así como hay excursiones en el campo de la política, no menos inesperadas y extemporáneas.

Pero ¿para qué detallar los errores parciales, cuando el asunto principal es un error de tal tamaño? Sin el respeto que se merece el nombre del autor y sin la ejecución imponderable de la protagonista (Mlle Desclée), *la Mujer de Claudio*, habria sucumbido desde la primera noche, y de la manera mas estrepitosa; pero de todos modos, no creemos que dé á la empresa una fructuosa serie de representaciones.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EN UN ALBUM.

Como á veces detiene al pasajero
Un nombre escrito en piedra sepulcral,
Pueda mi nombre, aislado en esta página,
Tus ojos melancólicos fijar.

Y cuando acaso en venideros años,
Lo vuelvas á leer, ausente yo,
Imagina que muerto ya me encuentro,
Y sepultado aquí mi corazón.

C. ALBAN (DE COLOMBIA).

LA DAMA DE LYON

ORGULLO Y AMOR,

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR LORD LYTTON.

(Continuacion. — Véase el número 1,046).

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Exterior de la posada del *Leon de Oro*. Anochece y sale la luna durante esta escena.

EL POSADERO Y SU HIJA JUANA.

POSADERO.

¡Ja, ja, ja! Voy á reventar de risa. ¿Con que Claudio es de veras un príncipe? Justamente su coche se ha venido á romper delante de mi posada.

JUANA.

¡Y qué tono se da la joven señora! «Muchacha, ¿este es el mejor cuarto?» ¡Y hace unos ademanes!...

POSADERO.

Vamos, Juana, á ver si arreglas la cena... Los criados del príncipe quieren cenar antes de volverse á Lyon.

ESCENA II.

BEAUSEANT Y GLAVIS.

BEAUSEANT.

Ya tenemos á la princesa en la posada; otro relevo mas y llegará al término de su viaje, estará en el magnífico palacio de los Alpes...

GLAVIS.

Francamente, compadezco á la pobre Paulina... sobre todo si tiene que cenar en el *Leon de Oro*. (Hace una mueca). Nunca olvidaré el maldito guisado.

ESCENA III.

LOS MISMOS, Y CLAUDIO MELNOTTE.

BEAUSEANT.

Príncipe, habeis reinado dignamente, y os doy el pésame por vuestra abdicacion. Temo que los criados de V. A. no sean muy fieles servidores, y que os abandonen en la desgracia... es la suerte de todas las grandezas. Pero podeis conservar vuestros magníficos vestidos, así como la famosa caja de brillantes, regalo de Luis XIV á vuestros antepasados.

GLAVIS.

Y el anillo con que vuestro abuelo se casó con el mar Adriático.

CLAUDIO MELNOTTE.

He cumplido mi juramento, señores, ¿no es cierto?

BEAUSEANT.

Ciertísimo.

CLAUDIO MELNOTTE.

Lo cual quiere decir que ya no teneis que ocuparos de mí. Dejadme.

BEAUSEANT.

¿Qué hablar es ese?

CLAUDIO MELNOTTE.

Entendedlo bien, nuestro pacto ya no existe. Hemos triunfado entre todos nosotros de una joven, sencilla, hemos comprometido su honra, y llenado su vida de amargura... Tal es vuestra victoria y mi afrenta. (A Beauseant). Goza de tu victoria, mas no delante de mí... Yo he sido un traidor con Paulina, y desde ahora soy su protector... Atrévete á encontrarte á su pa-

so... á dirigirla una palabra de ultraje, una mirada de desprecio, y yo te enseñaré cuál es la amarga palabra que has grabado eternamente en mi corazón... ¡remordimiento!

BEAUSEANT.

Vuestra Alteza está de una elocuencia grandiosa.

CLAUDIO MELNOTTE.

Basta de título y tened cuidado... El remordimiento ha hecho de mí otro hombre... Alejaos, soy capaz de todo.

GLAVIS (á Beauseant).

Seria imprudente irritarle... Vámonos.

BEAUSEANT.

Conozco el respeto que se debe á los grandes... Adios, príncipe... ¿Teneis algun encargo para Lyon?... Pero recuerdo que os habia prometido cien luisés el día de vuestra boda; aquí los teneis.

CLAUDIO MELNOTTE (arrojando al suelo el bolsillo).

Os he dado por nada vuestra venganza, no la he vendido. Recoged vuestro dinero, Judas, que necesitais aprender á bajaros.

BEAUSEANT.

Algun día me pedireis perdon. (Aparte á Glavis). Venid á mi casa; yo volveré mañana á saber qué tal le parece á Paulina su nueva dignidad.

CLAUDIO MELNOTTE.

¿No salís?

BEAUSEANT.

Sí, sí, somos siempre vuestros obedientes servidores...

GLAVIS.

Y humildes...

ESCENA IV.

CLAUDIO MELNOTTE, SOLO.

Doy gracias á Dios por no haber tenido armas, pues creo que los habria matado... ¿Y ahora qué haré? ¿A dónde iré? En todas partes la burla... hasta los labriegos se rien de mí... (Se oyen risas en la posada). ¿Será que en los momentos en que la he dejado la han revelado ya la verdad? Voy á llamarla y partiremos de aquí... Ya he enviado un mensajero seguro á casa de mi madre, allí siquiera nadie insultará su dolor, nadie se burlará de su humillacion inmerecida... Solo allí debe saber la traicion de que ha sido victima.

(En el momento en que se vuelve hácia la puerta de la posada ve salir á Paulina).

ESCENA V.

CLAUDIO, PAULINA.

PAULINA.

Príncipe, ¿en qué lugares estamos? Nunca he visto gente mas grosera. ¡Miran con un aire tan extraño!... Creo que la vista de un príncipe, aun cuando viaje de incógnito, les trastorna la cabeza. ¡Qué desgracia que el carruaje haya sufrido aquí la averia!... Pero, ¿qué teneis? Vuestra frente está inundada de sudor... vuestra mano tiene el calor de la fiebre...

CLAUDIO MELNOTTE.

Es una impresion pasajera... el aire...

PAULINA.

No es el ambiente tan puro de vuestra Italia... ¡Qué palidez!... A la verdad, no estais bien... voy á llamar á los criados.

CLAUDIO MELNOTTE.

No, no, me encuentro bien...

PAULINA.

¡Ah! Adivino lo que os entristece, querido esposo, pensais que esta pobre posada, esa gente rústica, y esa mala comida, disgustan á vuestra esposa... Podria ser, si no me hallara á vuestro lado...

ESCENA VI.

LOS MISMOS, EL POSADERO, seguido de los criados que miran y se rien á hurtadillas.

POSADERO.

Monseñor, Alteza, Vuestra Excelencia quiere...

CLAUDIO MELNOTTE.

Retiraos.

(El posadero se retira burlándose.)

ESCENA VII.

CLAUDIO MELNOTTE, PAULINA.

PAULINA.

¿Cómo han sabido vuestro título?... ¡Ah! los lacayos son tan vanos, tienen tanta prisa por decir que sirven á un príncipe... Pero querido esposo, que eso no te enfade, dentro de algunos días estaremos en tu palacio, á orillas del plateado lago, y... ¡Dios mio! ¡qué rostro tan sombrío y qué avaro de las sonrisas que antes prodigaba tanto!

CLAUDIO MELNOTTE.

Amada mia, tus ojos provocarían sonrisas en medio de un desierto. Alejémonos de aquí; no muy lejos hay una casa sencilla donde he mandado preparar nuestro hospedaje para esta noche... un humilde techo, donde acogidos afectuosamente, nos libraremos del tormento que esas lenguas y esas miradas vulgares imponen al tierno amor... La noche es hermosa, el aire puro, la luna nos presta su brillante luz... Ven, querida Paulina, yo conozco el camino.

PAULINA.

¡Cómo! ¡tú, querido príncipe, forastero en estos lugares!... ¿Te habré hecho yo infiel á alguna bella aldeana?

CLAUDIO MELNOTTE.

Ven, sígueme, amada Paulina, y nada temas...

PAULINA.

¿Qué puedo temer estando contigo?

CLAUDIO MELNOTTE.

(Aparte.) ¡Oh, cielos! perdonadme.

(Vanse.)

ESCENA VIII.

La casa de Claudio Melnotte. La viuda Melnotte ocupada en limpiar los muebles. Mesa servida para una cena.

VIUDA MELNOTTE.

Me parece que todo respira aseo... Me ha enviado un papelito escrito, que me ha costado trabajo descifrar, para decirme que va á llegar aquí inmediatamente. Preciso que ella esté bien enamorada para haber olvidado así su nacimiento, pues aunque se presentó con un disfraz, tiene bastante delicadeza para no haberla revelado un artificio que solo el amor podía perdonar... Y en suma, no era extraño; si mi hijo no es un príncipe, debería serlo... (Llaman á la puerta.) ¡Ah! Aquí están.

ESCENA IX.

VIUDA MELNOTTE, PAULINA, CLAUDIO MELNOTTE

VIUDA MELNOTTE.

¡Ah! mi hijo, el orgullo de mi corazón; os pido mil perdones, señora; pero le amo tanto...

PAULINA.

¿Qué dice esa buena mujer?... ¿Os conoce? ¡Ah! ya caigo, os ha hecho algun servicio... Nueva prueba de vuestro buen corazón...

CLAUDIO MELNOTTE.

¡De mi buen corazón!

PAULINA.

¿Conoceis pues, al príncipe?

VIUDA MELNOTTE.

¡Si le conozco, decid!... ¡Ah! Principio á temer que quien no le conoce sois vos.

PAULINA.

¿Está loca, querido príncipe?... ¿Podemos permanecer aquí?... Parece que hay algo de extraño en esa mujer...

CLAUDIO MELNOTTE.

Señora, yo... no, no puedo hablar... tiemblo... ¡Qué cobarde es el hombre cuando ha perdido el honor!... (A su madre.) Habladla vos... decidla... ¡Cielos! ¿Por qué no estoy en el sepulcro?...

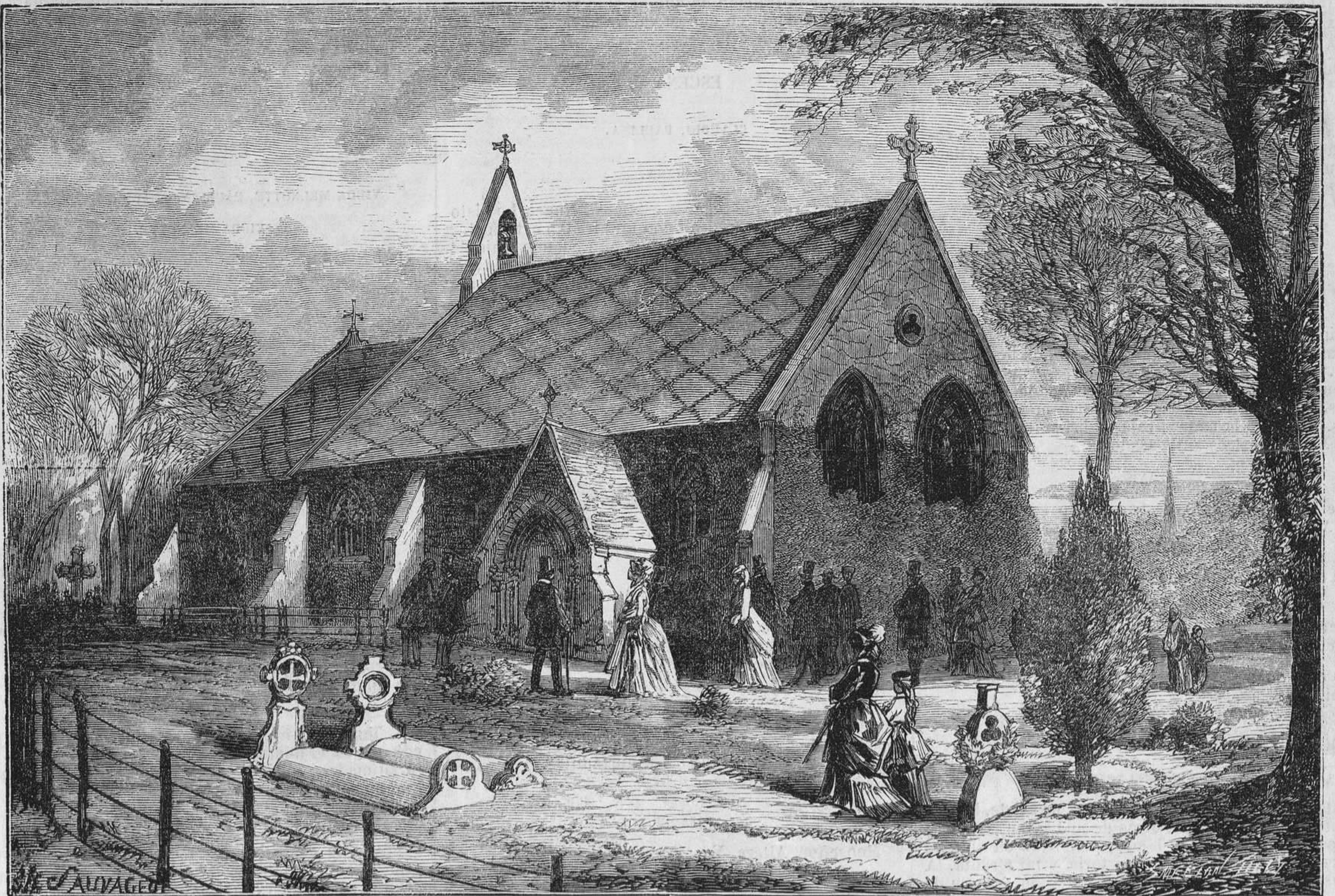
PAULINA.

¡Todo es confusion y misterio!... ¡Esa mujer!... ¿Qué significa todo esto?... Empiezo á sospechar... ¿Quién sois, mujer?... ¿No podeis responder?...

(Véase la continuacion en la página 107).



CAMDEN-HOUSE, CHISLEHURST. — La sala.



CHISLEHURST. — La capilla católica.



TEATRO DE LA ÓPERA. — *La Copa del rey de Thulé.* — (Véase la Revista de París).

LA COPA DEL REY DE FUELE

GRAN WALS BRILLANTE

SOBRE LA OPERA DE EUGENIO DIAZ,

POR FR. RYSLER.

En forme de Marche.

INTRODUCTION.

Detachez les parties basses.

Ballent.

WALSE.

con 8^a

Crescendo.

Ben legato.

8

Cresc.

Cresc. e molto.

8

mf

Cres.

8

ff

Subito.

mf

Ben cantando.

REVISTA DE TV QUELBY - Por Cuba 53 años de la vida - (Agrupación de Música de Cámara)



VIUDA MELNOTTE.

Claudio, ¿no la habeis engañado?... ¡Ah! ¡Desgraciado de ti! Creí que lo habia sabido todo antes de ir al altar.

PAULINA.

¡Todo! ¿Qué pues? Mi sangre se hiela en mis venas.

VIUDA MELNOTTE.

¡Pobre jóven!... ¿Me atreveré yo á decírselo, Claudio? (Claudio Melnotte hace una señal de asentimiento.) ¿Ignorais aun, señora, que este jóven es hijo de padres pobres, aunque muy honrados? ¿Ignorais que os habeis casado con mi hijo, Claudio Melnotte?

PAULINA.

¡Vuestro hijo!... No digais mas. (Se acerca á Claudio y le pone una mano en el brazo.) Es una broma ¿no es verdad? ¡Oh! Una palabra, una sola palabra, una sonrisa, una sola señal que la desmienta. No puedo creer... yo, que os amaba... No puedo creer que seas... Pero no... nunca pronunciaré un término tan ofensivo; habla.

CLAUDIO MELNOTTE (á su madre.)

Dejadnos, tened compasion de ella y de mí.

VIUDA MELNOTTE.

¡Ah! Claudio, ¿Por qué he vivido para presenciar tal villanía!... Tu madre estaba tan orgullosa de ti... (Vase.)

ESCENA X.

PAULINA, CLAUDIO MELNOTTE.

PAULINA.

¡Su hijo!...

CLAUDIO MELNOTTE.

Ahora, señora, escuchadme.

PAULINA.

Sí, si, habla... ¡Su hijo! ¿Los demonios tienen madre? Habla, quizás impedirás que te maldiga.

CLAUDIO MELNOTTE.

No, maldiceme; tus maldiciones me harian padecer menos que tu perdon.

PAULINA (con sonrisa irónica).

¡Con que este es el palacio alumbrado con arañas de alabastro y bugias perfumadas!... El palacio rodeado de naranjos y de flores!... ¡A esta mansion encantada debias traer á tu esposa!... ¡Oh, infortunada!... Ahora lo sé todo. ¡Cómo se va á reir de mí todo Lyon! Si aun te queda un sentimiento de piedad, dame la muerte, porque si no me volveré loca... ¿Pero es cierto? No, no puede ser; estoy siendo victima de un sueño horrible, y voy á despertarme... (Asiéndole el brazo.) ¿Eres un hombre, ó eres uno de esos fantasmas que solo en sueños existen?... Si es una realidad, si eres un hombre, ¿qué te he hecho yo? ¿Qué crimen he cometido para que te vengases con un suplicio semejante?

CLAUDIO MELNOTTE.

Paulina, el orgullo hizo caer á los ángeles, el orgullo, esa única mancha en tus perfecciones. Un amor desdeñado suscitó en mi corazon el demonio de la venganza. Desde mi primera infancia, te adoraba, sin que tú me vieras, te admiraba en medio de las flores de tu jardin, como la diosa de la primavera. Te adoré siendo niño, te adoré cuando fui hombre, y te adoraré toda mi vida... Y ese sentimiento entusiasta me inspiró una vana ambicion; él me repetia esas leyendas en que las princesas se enamoran de los jóvenes mas humildes: nacido en una choza, pensé que algun dia podria ser principe en el pais de las hadas. Después de la muerte de mi padre ambicioné ser rival de los grandes de la tierra invocando las musas del arte y de la poesia... ó mejor dicho, tú fuiste, Paulina, mi única musa: por tí he sido pintor y poeta, por la esperanza de parecer digno de tí, me he dejado acusar de vanidad por unos y de locura por otros.

PAULINA (aparte).

¿Tendrá un hechizo para conjurar el odio?

CLAUDIO MELNOTTE.

Hasta que vino un dia de delirio en el que me atre-

ví á expresar aquellos sentimientos en versos que te mandé firmados con mi nombre... ese nombre que excitó tu desprecio... en vez de tener lástima al entusiasta que te adoraba como una divinidad, le injurias horriblemente, y el gusano se levantó como una serpiente... En aquel momento de rabia, dos pérfidos tentadores me convirtieron en cómplice de su propia venganza. (Se continuará).

El monumento fúnebre de Metz.

El monumento consagrado á la memoria de los soldados franceses muertos delante de Metz, se eleva en el camposanto de la isla Chambière, y fué inaugurado el 7 de setiembre de 1871 en medio de una afluencia de gente extraordinaria.

Para la ciudad fué un dia de gran luto.

Todas las tiendas, todos los establecimientos se cerraron, hasta las cervecerias y los cafés. Los habitantes, vestidos de negro, seguian llorando al catafalco y al clero á cuya cabeza figuraba el obispo. Todas las manos llevaban coronas de siemprevivas. Después de la ceremonia, la tierra estaba llena de ofrendas cerca del monumento, que es de un carácter grandioso, como puede verse en nuestro dibujo.

Compónese de una pirámide flanqueada de escudos con fronton y cruz, y coronada de almenas que dominan una urna funeraria, medio velada con un crespon. La base está formada de féretros.

Algunas inscripciones se leen en este monumento.

En primer lugar aparecen los nombres y las fechas de los combates que dió el ejército del Rhin, con estas palabras:

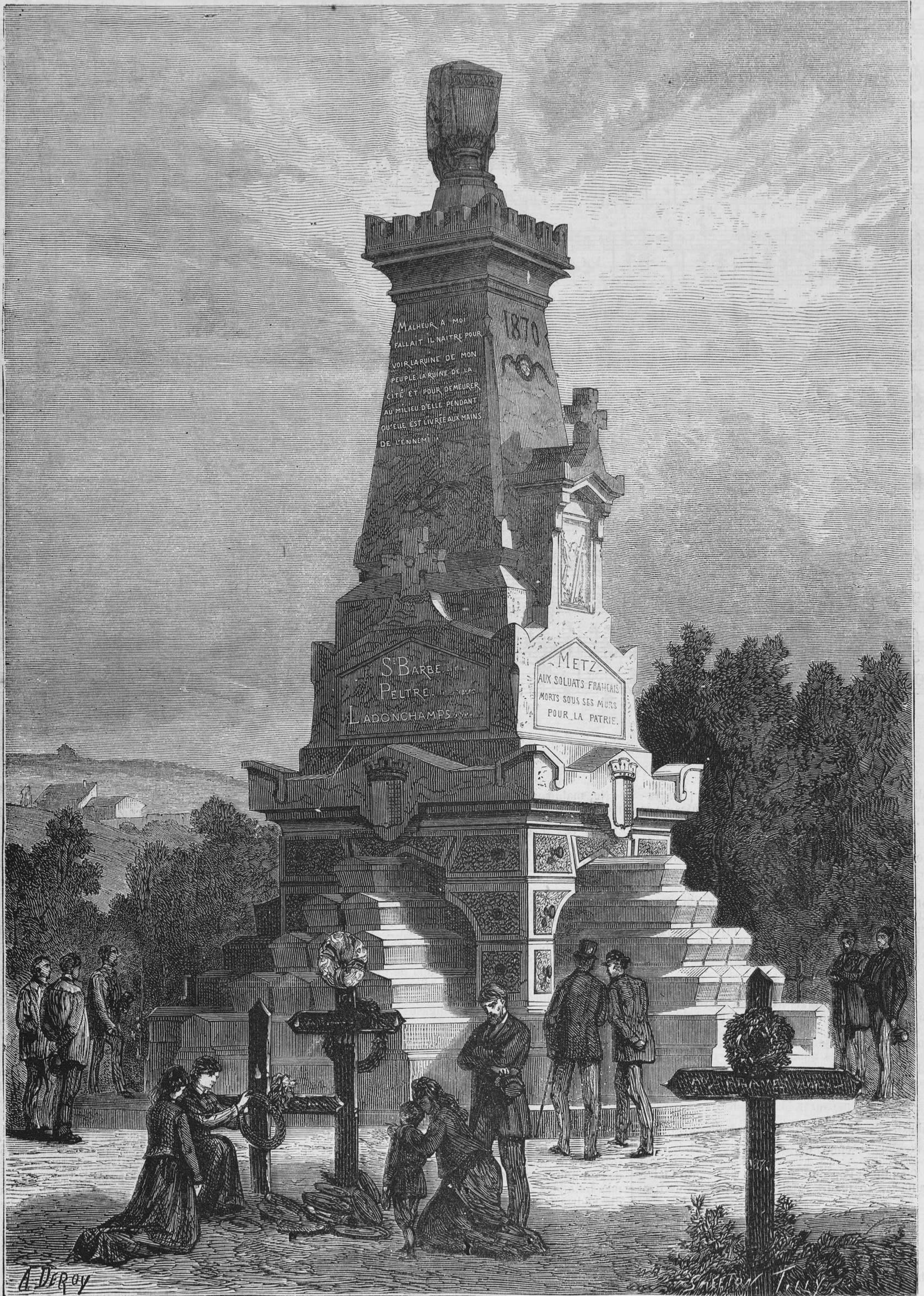
« Metz, á los soldados franceses muertos al frente de sus muros por la patria. »

Encima brilla esta fecha lúgubre, 1870, al lado de la cual hay una cita del libro de los Macabeos:

« ¡Ay de mí! ¡Haber nacido para ver la ruina de mi pueblo, la ruina de la ciudad, y para permanecer en medio de ella, mientras está entregada á manos enemigas! »

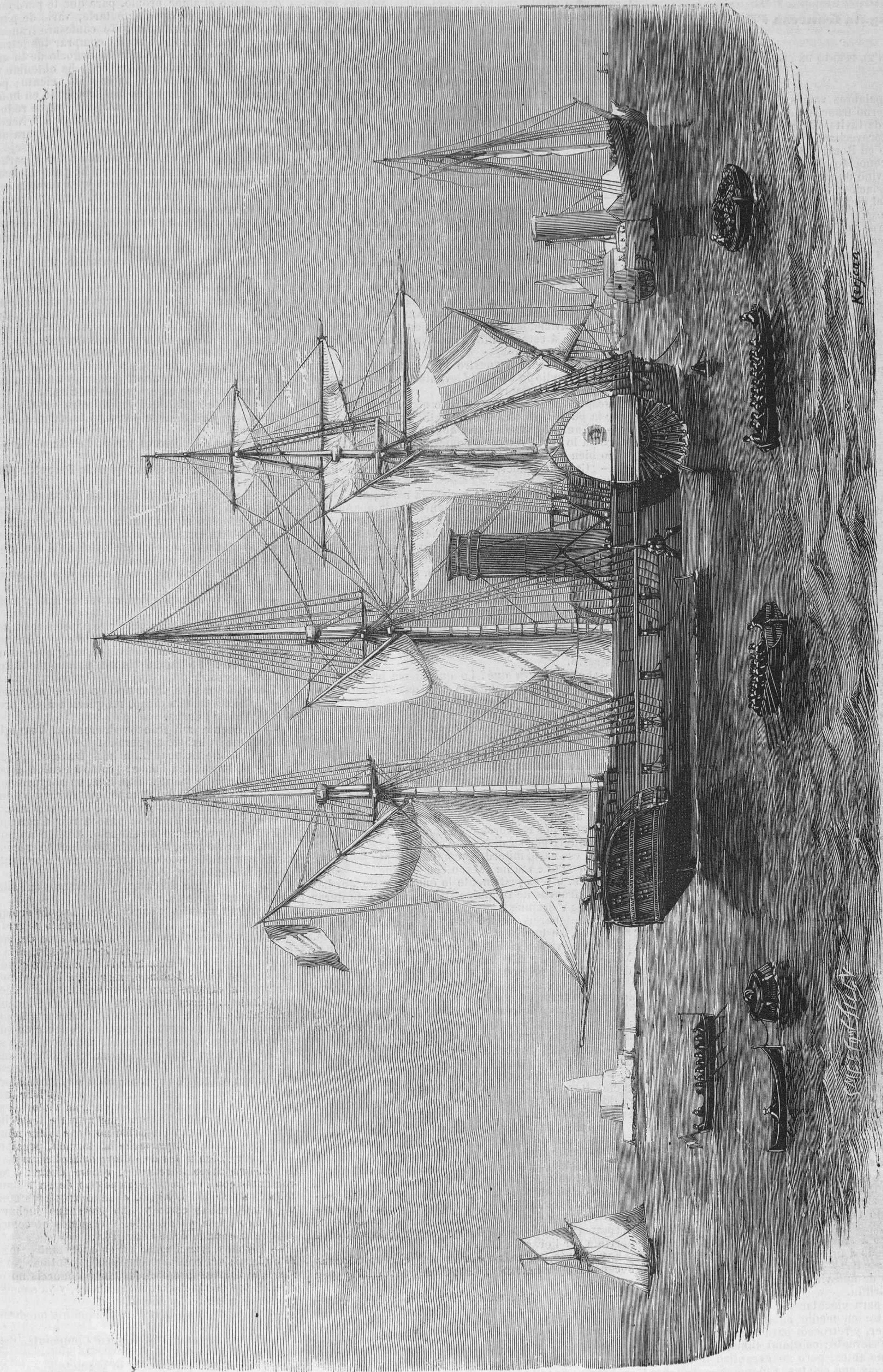
Al rededor del monumento hay una porcion de sepulcros, y en ellos yacen los muertos que la Francia llora.

R. V.



Monumento elevado á la memoria de los soldados franceses en el camposanto de la isla Chambiére, en Metz.

A. De Roy



SUCESOS DE ROMA. — La fragata francesa *l'Orinoque* recibiendo víveres del aviso *l'Utile*, en la rada de Civita-Vecchia.

La fragata francesa l'Orénoque

EN EL PUERTO DE CIVITA-VECCHIA.

En breves palabras vamos á exponer aquí por qué razón el gobierno francés tiene la fragata l'Orénoque en las aguas de Civita-Vecchia.

La Italia, aprovechando la guerra franco-prusiana, había entrado en Roma y dado fin al poder temporal del papa. Reconocido el nuevo estado de cosas por la Europa, intervino una ley llamada *de garantías*, para arreglar las relaciones del Padre Santo con el gobierno italiano y el ejercicio de sus derechos en calidad de soberano espiritual, ley en cuya virtud se reconocía el derecho de los Estados católicos para hacerse representar cerca de la Santa Sede, y se atribuía á sus representantes todas las prerrogativas é inmunidades propias de los agentes diplomáticos.

La Francia tuvo, pues, dos legaciones en Roma, una en el Quirinal, acreditada cerca del rey, y otra en el Vaticano, acreditada cerca del papa.

En mayo de 1871 el gobierno francés determinó así la posición que pensaba tomar en Italia.

«Afirmamos dos resoluciones que son nuestra regla de conducta, decía M. Jules Favre al conde de Harcourt. En primer lugar no intervendremos (ni directa ni indirectamente) en una acción cualquiera que tenga por objeto el restablecimiento del poder temporal, y segundo punto, continuaremos cerca del Padre Santo nuestro papel de protector respetuoso de su persona y de su libertad religiosa.»

El 22 de julio siguiente M. Thiers afirmaba también la independencia religiosa del papa; y por asegurar esta independencia, por ofrecer en caso necesario un asilo á Pío IX, mantenía en las aguas de Civita-Vecchia, á las órdenes de la embajada de Francia cerca de la Santa Sede, la fragata l'Orénoque, que debía ser causa del grave incidente que acaba de producirse.

El 1º de enero de 1872, el estado mayor de la fragata fué á rendir homenaje al papa, y no á saludar al rey, que en aquel tiempo no estaba en Roma. No era lo mismo el 1º de enero de este año. El rey se hallaba en la capital y parecía difícil enviar á los oficiales á que se inclinaran ante el soberano espiritual, sin que fueran también á visitar al soberano temporal.

Con efecto, era imposible que la presencia de la fragata francesa en las aguas italianas, no pudiese ser considerada por el gobierno del rey como un acto de hostilidad, como un reconocimiento disfrazado de la soberanía temporal del papa. El gobierno francés, para seguir la línea de conducta señalada, dió orden á los oficiales de la fragata para que fueran al Vaticano el día de Navidad con M. de Bourgoing, y al Quirinal, con el otro ministro, M. Fournier, el día de año nuevo. Pero M. de Bourgoing se negó á entrar en tal combinación é hizo dimisión de su embajada. Seguidamente le reemplazaron con M. de Corcelles, y así ha tenido fin este incidente que podía haber traído graves resultados.

L'Orénoque, comandante Briot, es una fragata de ruedas de 430 caballos, construida en 1840. En cuanto al aviso l'Utile, que abastece á la fragata, es un buque del puerto de Tolon, de 220 caballos, exclusivamente destinado al transporte de viveres.

Memorias de un criado.

(Conclusion. — Véase el número 1,046).

Al verlos, hubiérais jurado que se casaron lo menos hace un siglo.

Yo interrumpí este encantador *tête-à-tête*, abriendo bruscamente la puerta, y gritando con voz espantada:

— Milord, vuestros hijos acaban de apearse de un carruaje, y desean veros.

— Y bien, respondió lord Crabs con la mayor sangre fría, ¿por qué no les has hecho entrar?

— ¡Ese hombre aquí! exclamó milady.

— ¿Qué hallais de extraordinario en su visita, amor mío? Cinquoints es mi hijo. Tranquilizaos... John, decidles que si nos dispensan que les recibamos como de familia, nos alegraremos mucho de verles... Sentaos, mi querido tesoro, y tomad las cosas con mas calma...

Milady entregó á su esposo una llavecita de oro, y señaló con el dedo á un cofre negro, colocado sobre una consola.

Era el mismo de que vimos sacar el testamento del bravo general Griffin.

Yo me alejé para ejecutar las órdenes del conde, pero me encontré en medio de la escalera á Cinquoints y su mujer, y retrocedí para anunciarles.

Milord no se levantó; continuó fumando, tal vez mas de prisa que antes, pero no garantizó el hecho. Lady Crabs parecía una estatua. Cinquoints entró con

el brazo izquierdo fijo en su gaban, y su mujer y su sombrero en el derecho. Sus mejillas, pálidas en extremo, anunciaban una grande agitacion nerviosa. En cuanto á la pobre Matilde, solo puedo decir que escondía su cara en el pañuelo y sollozaba amargamente.

Miss Kicksey (no me había acordado de decirlo que estaba allí, porque nunca se contaba con ella para nada), corrió sin vacilar hácia la puerta con los brazos abiertos... Esta pobre Kicksey tenía corazón, y por eso solo debía respetársela... La infortunada contrahecha se precipitó en ellos lanzando un grito, y se dejó llevar á la habitación inmediata despues de haber vertido algunas lágrimas en el seno de su amiga.

Al momento comprendí que iba á haber una escena terrible, y dejé la puerta entornada.

— ¡Bienvenido seais, caballero! dijo el conde con tono festivo. Creisteis ganarnos la partida, pero conocimos tus proyectos... ¿No es así, mi querido tesoro?... Hemos guardado nuestro secreto mejor que tú guardaste el tuyo.

— Confieso, milord, que no esperaba ciertamente la dicha de tener tan encantadora madrastra.

— Lo creo bien. En fin, ya estamos casados y felices... Vamos, siéntate, toma un cigarro y hablemos un rato de nuestras aventuras... Amor mío, continuó milord volviéndose hácia su mujer; espero que no querrás ya á este diablillo. Dale la mano en señal de reconciliación.

— Ya he dicho á vuestro hijo que no quería verle mas, respondió la ex-viuda levantándose; hoy le repito las mismas palabras.

Despues se alejó con un aire majestuoso, saliendo por la puerta que dió paso á Matilde y Kicksey.

— ¡Vamos! ¡vamos! creí que te había perdonado; pero ya lo ves. Preciso es confesar que no te has portado bien con ella... Conozco toda la historia.

— ¿Con que sabeis todo lo que ha pasado entre nosotros?

— ¡Sí, pardiez!... Tú la hiciste la córte; ella estaba casi enamorada de tu buena figura; tú la abandonaste por su hija, y ella encargó á l'Orge de la venganza, creyendo que no se limitaría á dejarte manco... Por mi parte, encuentro la venganza suficiente, porque no veo cómo vas á componerte para vivir... No podemos volver el rey *ad habitum*, ¿eh?

— Milord, he renunciado al juego, respondió Cinquoints, que cada vez se impacientaba mas.

— ¿De veras? Me alegro. Nunca es demasiado tarde para enmendarse, hijo mío. ¿El diablo se hace ermitaño? ¿Piensas acaso entrar en la Iglesia?

— Milord, me atrevo á rogaros que seais un poco mas serio.

— ¿Serio? ¿Para qué? Lo que sí me pregunto seriamente es ¿cómo, teniendo la eleccion, has escogido á esa pequeñuela que acabas de traernos?

— Y vos, milord, ¿cómo os habeis mostrado tan poco escrupuloso para dar vuestro nombre á una mujer que ha hecho la córte á vuestro hijo?

— Mi querido niño, tú sí que me diriges una pregunta bastante ridícula. Debo cerca de un millon, y no tengo con qué pagarle. Esta es una razon mas que suficiente para explicar por qué me he casado con lady Griffin. ¿Piensas que el amor ha entrado por algo en esta union? Desengáñate: lady Griffin se ha casado conmigo por mi corona de conde, y yo me he casado con ella por su dinero.

— En ese caso, milord, es completamente inútil que os diga por qué me he casado con Matilde.

— Pues, eso es justamente lo que no entiendo. Los cien mil francos de tu amigo Dakins no han de durar siempre. ¿Y despues?

— ¿Qué quereis decir? Ya sabeis que para salir de la prision, he tenido que desembolsar cuanto poseia. Explicaos, ¡vive el cielo! Os atreveriais á sostener que Matilde no tiene derecho á la mitad de la herencia dejada por su padre?

Milord encendió un cigarro antes de responder; luego dijo tranquilamente:

— Tenia es mucho mas correcto, si quieres atenerte á las reglas gramaticales. Si, Matilde tenia derecho á la mitad de la herencia de sir Jorge.

— Pues bien, presumo que no se habrá comido todos sus bienes en una semana.

— Seguramente que no tiene ni aun ese débil consuelo. Hoy, sin embargo, no puede reclamar ni un sueldo, porque se ha casado sin el consentimiento de su madre política.

Cinquoints se dejó caer de nuevo sobre la silla.

Las señales de un fuerte ataque nervioso se dibujaron perfectamente en su fisonomía. Se retorció los brazos, rechinó los dientes, se desabrochó el gaban, como si temiera ahogarse, agitó convulsivamente el muñon de su brazo izquierdo, y le pasó sobre su livido rostro. Por último, abatido completamente, se recostó en el respaldo del sillón, y se echó á llorar. Pero apartemos la vista de este cuadro; es una cosa horrible ver llorar á un hombre.

Entre tanto, su padre extraía del cigarro algunas bocanadas preliminares, á fin de encenderle por completo.

— Te decía, pues, mi querido hijo, continuó despues de una breve pausa, que tu mujer no tiene ni un sueldo. Esto te contraria, ya lo sé, pero ¿cómo podias imaginártelo? En cuanto á mí, habría querido dejarte comer en paz tus cien mil francos; con esto podias vegetar en Alemania ó en Italia, donde tus acreedores no te habrían perseguido. Pero lady Griffin

se ha opuesto formalmente á ello, tú la has herido demasiado el amor propio, para que te perdona nunca. Viendo que no podia matarte, varió de parecer y ha conseguido arruinarte. Te confesaré francamente que yo la he dado la idea de comprar tus letras protestadas, y que he dirigido el negocio de tu arresto. Ella ha obtenido tus autógrafos, y ha obtenido un beneficio lo menos de un ciento por ciento; porque, como hombre galante, no has titubeado en honrar tu firma. Es muy duro para un padre verse reducido á luchar así con un hijo. ¿Qué quieres? Necesitaba obligarte á que te casaras con Matilde, para obtener yo la mano de su madrastra. Por eso aconsejé, como lo hice, á tu mujer... Te juzgaban tan picaro como tu anciano padre ¿eh? Pero ¡bah! ¡no pensemos ya en lo pasado! Toma un cigarro y un vaso de cerveza, mientras llega la hora de comer. Vamos, sin ceremonia; ya ves que te doy el ejemplo.

Cinquoints, que había escuchado este discurso, casi alelado, en vez de responder á la amable invitacion de su padre, se incorporó, exclamando:

— No creo una palabra de cuanto decís. Todo eso es una infernal mentira, inventada por vos ó por esa mujer, que asesina á los que no la quieren, y á la cual habeis hecho vuestra digna compañera. ¡Mentis, digo! ¡Enseñadme el testamento! ¡Matilde, Matilde, venid aquí! añadió con espantosa voz abriendo la puerta, por la que antes saliera su esposa.

— Cálmate un poco, hijo mío. Para tí es un vejámen, lo conozco, pero nada adelantas con esas palabrotas. Eso es de muy mal género, y además, tus recriminaciones son enteramente inútiles.

— ¡Matilde! ¡Matilde! repitió otra vez Cinquoints. La pobre jorobada se presentó temblando, seguida de Kicksey.

— Ha mentido, ¿no es verdad? exclamó su marido cogiéndole por un brazo.

— ¡Me asusta veros así, querido Percy!... ¿De qué se trata?

— ¿De qué se trata? balbuceó Cinquoints... ¡Ese pérfido viejo dice que eres una mendiga, porque te has casado sin el consentimiento de tu madrastra! ¡que me has engañado indignamente! ¡que me has tendido un lazo! ¡que les has ayudado á arruinarme! ¡que no posees ni un sueldo!...

— Es cierto que no poseo nada, dijo sollozando la infeliz; pero...

— ¿Pero qué?... ¡Hablad, en vez de hacer pucheros como una idiota!

— Yo no tengo nada; pero ¿no poseis vos cincuenta mil francos de renta? ¿No podemos contentarnos con eso? Vos solo me quereis á mi, ¿no es verdad, Percy? ¡Oh! ¡no me mireis así, porque me despedazais el corazón!

Y cayó á sus piés, intentando cogerle las manos.

— ¿Cuánto habeis dicho, mi querida niña? preguntó el conde de Crabs.

— Cincuenta mil francos de renta... Vos mismo, milord, me lo habeis asegurado.

— ¡Cin...cin...cincuen...ta mil francos! ¡Já! ¡já! ¡já! ¡qué broma tan buena! ¡cómo ha caído el pobrete en su propio lazo!... Hija mia, os aseguro por todas las divinidades del Olimpo, que Percy no tiene un sueldo de renta, ni un maravedí, ni un céntimo.

Y el viejo encantador se puso á reír á carcajadas.

Hubo un momento de silencio. Matilde no imitó á su marido; no juró, no le dirigió ninguna reconvenccion; contentóse solo con preguntarle dulcemente:

— ¿Es cierto eso, Percy?

Despues se fué á sentar, y derramó en silencio abundantes lágrimas.

Milord se levantó, y sacando la llave de oro que le había dado lady Crabs, abrió un cofrecito negro.

— Si vuestro abogado, dijo á los esposos, quiere examinar el testamento de sir Jorge Griffin, está á su disposicion. En él encontrareis la cláusula condicional de que os he hablado, merced á la cual toda la fortuna del difunto pasa á lady Grif... quiero decir, á lady Crabs... Ahora conocerás el peligro de los juicios precipitados. No te han dejado leer mas que la *primera página del testamento*; deseaban conocer en su justo valor tus protestas amorosas. Estando menos seguro de la madre, has creído dar un golpe maestro, ofreciendo tu mano á la linda Matilde... Pero eso no vale nada, ángel mío; en adelante os amará sinceramente... ¡Pobre Percy! hiciste mal en no leer todo el testamento. Esta falta me ha dado la victoria; ya te lo previne la noche en que me negaste los veinte y cinco mil francos, y un noble no debe faltar nunca á su palabra. Que te aproveche la leccion, precipitado jóven. Mira bien antes de saltar; *audi alteram partem*, lo que traducido libremente, quiere decir: «No te contentes con leer la primera página de un testamento.» Y sobre todo, hijito, cuando tropieces con un viejo tan truhan como yo, no pretendas luchar con él... pero basta ya de esto, y vámonos al comedor, porque la comida debe estar lista.

— Dignaos escucharme un solo instante, milord, dijo Cinquoints con una humildad repentina. No abusaré de vuestra hospitalidad, pero conocéis mi posicion. Estoy completamente arruinado, y ya sabeis cómo se ha educado mi mujer.

— La honorable señora de Cinquoints puede tener esta casa por suya.

— ¿Y yo, milord, y yo? replicó Cinquoints. Espero que no me olvidareis.

— ¿Olvidarte? ¡oh! no, te lo prometo.

— Y qué, ¿hareis algo por mí?

— Percy Cinqpoints, juro por los manes de nuestros abuelos, que no te daré ni un luis, replicó con jocosa malignidad aquel modelo de padres, y añadió volviéndose á su nuera: querida mía, os quedais con nosotros, ¿no es esto?

— Milord, repuso la infortunada mujer, mi puesto está á su lado

Seis meses despues de esta entrevista, y cuando las hojas empiezan á desprenderse de los árboles, alfombrando el suelo, paseábamos una tarde, por una avenida poco frecuentada del bosque de Boulogne. El carruaje nos precedía algunos metros.

Nos paramos algunos minutos para mirar una magnífica puesta del sol.

Lord Crabs se extasiaba delante de aquel paisaje y procuraba hacer partícipe de su entusiasmo á milady, pronunciando un turbion de sentidas frases propias de la circunstancia.

— ¡Ah! mi querido tesoro, decía, ¿no pensais como yo? Se necesitaba carecer de corazon para no sentir el dulce influjo de esta deliciosa tarde, de esta escena que roba al firmamento una parte de su celeste oro. A cada soplo de este aire tan puro y tan fresco, ¿no parece que se aproxima uno á la mansion de los ángeles?

Lady Crabs no respondió una sola palabra; pero apretó el brazo de su esposo y alzó los ojos hácia la mansion de los ángeles.

Mortimer y yo sentiamos igualmente la saludable influencia de aquel calmoso paisaje, porque el paseo nos habia dado un apetito infernal. Por último, con gran contento nuestro, milord hizo una seña, el carruaje se detuvo y montamos en él.

Casi enfrente de la encrucijada donde se paró el carruaje, habia un banco; en él se veia sentada á una mujer pequeñuela, cuyo vestido, demasiado ligero para la estacion en que nos encontrábamos, empezaba á despedazarse. No lejos de ella, y recostado contra el tronco de un árbol, habia un hombre á quien creí conocer; llevaba un traje azul de un corte elegante, pero raído por todas las costuras y abotonado completamente. Su sombrero apabullado dejaba escapar un bosque de erizados pelos, y una larga barba desfiguraba su rostro.

En el momento que atravesábamos la calle, el hombre puso la mano sobre el hombro de la mujer, que lloraba amargamente.

Los condes de Crabs no repararon en aquella harapienta pareja. Siguieron su camino, como si no hubiesen reconocido á los dos personajes que acabo de describir; pero apenas se sentaron, prurupieron ambos en consecutivas carcajadas.

Cinqpoints se volvió. Aun me parece estar viendo su cara de verdadero demonio. Levantó su brazo mutilado, como para amenazarnos, mientras que con la otra mano golpeaba á su compañera.

Esta dió un espantoso grito; el carruaje se alejó rápidamente.

¡Pobre mujer!

La Armenia y la Persia.

(APUNTES DE VIAJES).

(Continuacion. — Véase el número 1,046).

LA ARMENIA.

En el dia, aunque los armenios no forman ya una nacionalidad, permanecen siendo una de las naciones mas inteligentes de Oriente, y es bien seguro que serán siempre un punto de apoyo para toda potencia que quisiese hacer penetrar en Turquía y en Persia la influencia occidental, no con miras exclusivas de engrandecimiento político, sino en interés de los países y de la civilizacion europea, única que puede regenerarlos.

VI.

TEHERAN É ISPAHAN.

Ya hacia un mes que caminábamos lenta y penosamente en medio de las nieves de la Armenia; nuestra marcha no habia sido interrumpida sino por muy pocos dias de alto; pero á medida que nos acercábamos á la frontera persa sentiamos cada dia el desco de llegar pronto al término de nuestra marcha.

En fin, llegamos al limite de las soledades heladas en donde un frio de 25 grados concluía con nuestra paciencia. Una escolta de algunos hombres á caballo nos esperaba en los límites de los territorios de la Turquía y de la Persia, la que habia sido enviada por Mehemed-Chah para ir á encontrar á la embajada francesa, debiendo servirnos á la vez de guías y de introductores en el territorio del soberano de Iran.

A la cabeza iban el hijo y el sobrino del goberna-

dor del distrito en donde ibamos á entrar; nosotros metimos espuelas á nuestros caballos, y muy pronto nos hallamos en medio de la escolta, á quien hicimos la zalema ó reverencia de costumbre, y en seguida los jefes de aquella gente nos invitaron á que pasásemos mas adelante, es decir, á los estados de su soberano, en donde hallariamos todo lo que necesitásemos.

Durante los pocos minutos empleados en esas formalidades, observé cuidadosamente las fisonomias y los trajes extraños que nos rodeaban. El hijo y el sobrino del gobernador, que se hallaban á la cabeza de la escolta, eran dos jóvenes cuyos semblantes sumamente juveniles contrastaban con sus uniformes, cuyos cortes eran á la europea.

El uno de esos jóvenes, que no debia tener arriba de trece ó catorce años, llevaba una levita verde botella con botones de plata, y las vueltas de terciopelo de color de amaranto, mientras que sus hombros tenian que sostener unas enormes charreteras doradas; á su cintura se balanceaba un gran sable, y sus piernas estaban cubiertas de unos anchos pantalones que le llegaban algo mas abajo de las botas.

El otro, de alguna mas edad, llevaba el mismo vestido que su compañero, excepto el color, pues era de escarlata, y llevaba las insignias de coronel. En fin, bajo las órdenes de esos dos comandantes barbilampiños caminaba una escolta de cien jinetes de unas fisonomias poco agradables; por manera que, rodeados por esa clase de gente, pareciamos mas bien un grupo de prisioneros conducidos por una banda de ladrones, que el personal de una embajada protegida por una tropa de honor.

Los trajes de todos esos jinetes eran de los mas extraordinarios y variados. Sobre todo los kurdas se hacian notar por la originalidad de cuanto llevaban, pues casi todos iban con chaquetas de colores muy marcados, como azul claro, amarillo vivo ó rojo púrpuro; cada uno llevaba un cinturón de piel de rinoceronte, adornado con dorados, y al lado izquierdo colgaba un sable muy corbo.

Algunos de ellos habian añadido á ese uniforme una pistola con grande culata, puesta en el cinturón, en la que habia un cordón que iba á dar dos ó tres vueltas alrededor del cuello. La pólvora, las balas y las piedras de chispa las llevaban en un saquito suspendido de un cordón. Sus pantalones eran sumamente anchos y atados junto al tobillo por medio de un cordón con varias borlas.

El calzado se componia de unas botas de cuero encarnado, cuya suela larga y levantada hácia la punta se parecia mucho á las chinelas que llevan los chinos. Todos esos kurdos llevaban unos gorros puntiagudos de fieltro sostenidos por un turbante, y todos llevaban tambien una larga debambri en la mano derecha, en cuya punta habia un hierro muy afilado, alrededor del cual se veian dos especies de borlitas de plumas negras.

El traje de los persas, confundido con el pequeño número de los kurdas, era mas severo, consistiendo en una larga túnica estrecha, sobre la que llevaban otra mas ancha abierta y con mangas llenas de pliegues hasta el codo.

Algunos de ellos llevaban la especie de capa de piel de camello, llamada el *abbak*, con forro blanco, mezclado de rayas oscuras.

A ese traje se añadia un gorro puntiagudo de piel de cordero, el que calaban hasta las orejas, de modo que se confundian con la larga barba, haciendo al parecer una misma cosa, y casi todos iban armados de inmensas escopetas con mecha, las que apoyaban en el hombro izquierdo, ó bien solian llevarlas atravesadas en el arzon.

Tales eran los extraños satélites que debian dirigir nuestros pasos en el territorio de la Persia. Apenas nos hallábamos en marcha, cuando nos ofrecieron el espectáculo de una de esas fantasias donde les gusta mucho á los orientales desplegar su destreza y agilidad. Se nos dijo que aquella fiesta militar se daba en nuestro honor, y por consiguiente que debiamos considerarla como una prueba de grande distincion.

Primeramente, la masa de jinetes que se presentaba con mucha tranquilidad, se agitó y fué rompiendo poco á poco; algunos de ellos salieron de las filas principiando á galopar á nuestro flanco blandiendo sus lanzas ó haciendo movimientos bastante difíciles con sus largas escopetas.

Al cabo de algunos minutos, y animados por ese prelude, uniéndose y separándose, y fingiendo á cada momento el ataque ó la retirada, ejecutaron atrevidamente y con la destreza de unos jinetes consumados el simulacro de un combate, que nos dió una idea muy elevada de la caballería persa, no cabiendo duda que semejante tropa seria muy temible en una guerra de pais un poco montañoso, en donde el enemigo, perseguido y acosado sin descanso por unas bandas aguerridas, se consumiria en esfuerzos antes de llegar á derrotar esa clase de intrepidos é infatigables agresores.

Solo la vista de esos ejercicios militares nos recordaba que habiamos cambiado de pais, pues la naturaleza era siempre la misma, es decir, tan triste y tan desolada en la Persia como en la Armenia. Sin embargo, poco á poco llegamos á un distrito menos salvaje, y muy en breve pudimos notar una mejoría tanto en la vida como en los recursos materiales de los habitantes. Casas cómodas y decentes sucedieron á las cabañas miserables de los pastores kurdas ó armenios, al paso que por los pueblos que atravesaba

nuestra caravana se distinguian los vestigios de una civilizacion mas adelantada y unas costumbres mas simpáticas. Preciso era experimentar la dulzura y la cordialidad de esas costumbres para hacernos soportables las fatigas de un viaje que debia durar aun unos tres meses hasta llegar á Teheran, por medio de nieves y barrancas que no perdimos de vista hasta llegar cerca de esa capital.

VII.

En fin, vimos de lejos las murallas de Teheran, y desde ese momento todos nuestros disgustos se desvanecieron, ó cuando menos se olvidaron.

Una nueva escolta salió á recibirnos para cumplir la formalidad que los persas llaman *istakball*, que significa literalmente *ir al encuentro*; pero ese honor solo se hace á las personas de distincion. En medio de los jinetes que iban á nuestro encuentro se notaban los principales oficiales del *beglier-bey* (comandante civil) y del *serdar* (comandante militar) de la ciudad.

Esos oficiales nos invitaron á apearnos á la entrada de una magnífica tienda de paño encarnado, y adornada con hermosos bordados, en donde nos esperaba un buen refrigerio.

Despues de cierto alto volvimos á tomar el camino de Teheran; pero pronto llamó nuestra atencion el inmenso gentío que nos rodeaba dando descomunales voces. Casi todos estaban armados con grandes palos ó mazas cubiertas de clavos, cuyas puntas salian hácia fuera, quienes excitaban el entusiasmo de la multitud, dando de vez en cuando el grito de *¡Ya-Ab!*

¿Qué podia ser esa invocacion? ¿Se hacia por ventura en honor nuestro, ó bien querian tal vez que descendiese sobre nuestras cabezas la cólera del yerno del profeta? En presencia de una poblacion exaltada que nos rodeaba, era muy natural tener algun temor, pues al ver la salvaje fisonomia y las feroces miradas de aquellos dervis, teniamos algun motivo para no creer mucho en esas marcas de simpatia equívoca y en el grito religioso de *¡Ya-Ab!*

En fin, poco nos importaba, el gentío dejaba paso á nuestra caravana, y veiamos á derecha é izquierda bailarines, trajes rarísimos y gran número de hombres y mujeres danzando, aplaudiendo, hablando, gritando y haciendo gestos y contorsiones que excitaban nuestra risa y nuestra curiosidad.

Algo mas lejos se presentaban varios confiteros rompiendo delante del embajador redomas y botellitas llenas de drajeas que caian á los piés de su caballo, y luego, y como para purificar la tierra y sentar el polvo que levantaba la multitud, venian varios sakkas ó aguadores para regar el camino por donde pasábamos.

En fin, todo habia sido dispuesto para recibirnos dignamente, pues hasta los leones del chah habian sido enviados á nuestro encuentro, cuyos animales, sostenidos tan solo por una cadenita que llevaban al cuello, obedecian perfectamente á varios hombres, cuyas armas se reducian á unas varitas de madera verde.

Un poco antes de llegar á las puertas de la ciudad vimos dirigirse sucesivamente hácia nosotros los secretarios de diferentes legaciones, enviados por sus jefes para saludarnos. Hicimos pues nuestra entrada en Teheran al son del ruido del cañon, y en medio de dos filas de soldados á lo largo del camino que llevábamos.

En aquel momento principiaba á tronar, mezclándose este ruido con el de la artillería, los relámpagos se sucedian unos á otros, y al llegar al palacio destinado á nuestra embajada cayeron algunas gotas de agua, circunstancia que agradó á los persas, pues dijeron que Allah nos protegía, puesto que nos habia permitido llegar al palacio antes que estallase la nube. La habitacion del embajador no tardó en ser invadida por los altos funcionarios de la ciudad, ceremonia que duró mas de un cuarto de hora.

La recepcion se hizo segun las reglas de la etiqueta oriental, de modo que cada visitante tomó su puesto segun su categoría alrededor de vastos y hermosos tapices, sobre los que se veian numerosas bandejas con sorbetes y dulces.

Nosotros no pensábamos pasar mas que muy pocos dias en Teheran, pues el chah le debiamos encontrar en Ispahan, adonde habia tenido que ir por razones de interés político. Una vez libre de las recepciones y de las presentaciones de costumbre, quisimos aprovechar el tiempo que nos quedaba para ver detenidamente la capital oficial de la Persia.

Nuestro primer cuidado fué el proporcionarnos una casa cómoda, pues el palacio destinado á la embajada no podia contener todo el personal.

En su consecuencia hubo que buscar alojamientos en las casas inmediatas, y costó trabajo poder hallarlos, pues los ricos no tenian ganas de hospedarlos, de modo que daban dinero á los *ferrachs* (criados) del gobernador para que no violasen su domicilio, y entonces estos se dirigian á casa de los pobres ó de los avaros para sacarles tambien un poco de dinero.

En fin, nos alojamos bastante bien, de modo á pasar con alguna comodidad los dias que debiamos descansar en Teheran.

Esa ciudad tan solo tiene cosa de una legua de circunferencia; sus murallas tienen de distancia en distancia varias torres, y hay un foso bastante ancho,

Las puertas, adornadas con ladrillos de diferentes colores, están defendidas por una especie de fortin construido delante de la muralla; pero casi todas esas obras se hallan arruinadas, de modo que no serian de ninguna utilidad en caso de un ataque serio.

una dilatada linea de murallas de ladrillo amarillento, sobre las que descuellan algunas cúpulas de mezquitas y el palacio del chah.

Los edificios son poco notables, y los mercados mal contruidos y de un aspecto miserable. Las mezquitas no tienen nada de notable tampoco en su conjunto, ni

nada de elegante en el detalle, de modo que al instante se ve que Teheran es una capital por accidente.

Los príncipes *Kadjars* que hicieron de esa ciudad de segundo orden la capital del reino, no han tenido ni el gusto, ni los recursos que perpetúan en Ispahan el recuerdo de la gloriosa dinastía de los Safis. La so-

Al primer aspecto Teheran no ofrece á la vista sino



TIPO DE AFRICANA, escultura de Carpeaux.

la parte de la ciudad que ofrece interés es la que llaman el *Ark*, pues allí es donde se halla el palacio del chah con todas sus dependencias, las habitaciones de algunos príncipes de sangre real y las de varios personajes de la corte. Ark, según la costumbre oriental, es un barrio colocado en el centro de la ciudad, y se-

parado de los demás edificios por una muralla fortificada, con su correspondiente foso.

La puerta principal de ese real recinto se halla hacia el Sur, y después de haberla pasado se entra en una larga galería bastante oscura, en donde se hallan algunas compañías de soldados.

De allí se llega á una gran plaza que lleva el nombre de *Meidem-i-Chah* ó *Plaza Real*, formada por todas partes por murallas con sus correspondientes torres guarnecidos de cañones, por cuarteles y las paredes exteriores del serrallo.

(Se continuará.)